LAS RAZONES DEL AFORISTA

Conversaciones en tiempo real (2015-2025)

Emilio López Medina
Ramón Eder
Ander Mayora
Francisco Ferrero
Jaime Fernández
Jesús Cotta
Ramón Andrés
Juan Kruz Igerabide
Aitor Francos
Jordi Doce
Carmen Camacho
Elías Moro
Ricardo de la Fuente
León Molina
Ana Pérez Cañamares
Raquel Vázquez
Karlos Linazasoro
Miguel Cobo Rosa
Erika Martínez
Sergio García Clemente
Antonio Rivero Taravillo
Carmen Canet
Demetrio Fernández Muñoz
Eliana Dukelsky
Javier Recas Bayón
José Luis Morante
Juan Manuel Uría
Manuel Neila
Mario Pérez Antolín
Ricardo Virtanen
Lorenzo Oliván
Carlos Marzal
Fernando Menéndez
José Mateos
Gabriel Insausti

cypress

José Luis Trullo

LAS RAZONES DEL AFORISTA

Conversaciones en tiempo real (2015-2025)

Prólogo de Aitor Francos

cypress CULTURA

1ª ed., diciembre de 2025

El contenido de este libro reproduce las entrevistas tal como fueron publicadas en su momento, por lo que los perfiles bibibliográficos pueden estar desactualizados.

Una iniciativa de Cypress Cultura
http://www.cypress.com.es

© Cypress Cultura

ISBN: 979-13-87504-21-2
Depósito legal: SE 3787-2025

Este libro de publica bajo
licencia Creative Commons

ÍNDICE

6 Prólogo de Aitor Francos

CUESTIONARIO CHAMFORT (EL AFORISTA):

10 Emilio López Medina
17 Ramón Eder
21 Ander Mayora
25 Francisco Ferrero
31 Jaime Fernández
34 Jesús Cotta
39 Ramón Andrés
42 Juan Kruz Igerabide
45 Aitor Francos
49 Jordi Doce
53 Carmen Camacho
59 Elías Moro
62 Ricardo de la Fuente
66 León Molina

DE POETAS A AFORISTAS (EL AFORISTA):

70 Ana Pérez Cañamares
73 Raquel Vázquez
76 Karlos Linazasoro
78 Miguel Cobo Rosa
80 Erika Martínez

CULTURAMAS:

83 Sergio García Clemente
86 Antonio Rivero Taravillo
89 Carmen Canet
94 Demetrio Fernández Muñoz
99 Eliana Dukelsky
102 Javier Recas Bayón
109 José Luis Morante
113 Juan Manuel Uría
118 Manuel Neila
123 Mario Pérez Antolín
126 Ricardo Virtanen

REVISTA AFORISTAS:

131 Lorenzo Oliván
134 Carlos Marzal
136 Fernando Menéndez
140 José Mateos
143 Gabriel Insausti

PRÓLOGO

"¿No he concretado la vaguedad?"

Juan Ramón Jiménez

Como habrá de verse enseguida, la labor de José Luis Trullo en la última década como catalizador, como atento maestro de ceremonias, como magma fertilizante de confluencias aforísticas, ha sido titánica y crucial. Remando solo contra la marea, promoviendo congresos y encuentros a escala nacional, fundando revistas, levantando elegantes y duraderos castillos editoriales. Eso ha ayudado y no poco a enfocar el punto de mira, a reducir endogamias, a anular borrosidades e impurezas al actual aforismo, díscolo, fantasmal, y, por fortuna, de murallas todavía no sé si inaprensibles pero sí móviles, desplazables.

En este volumen recopilatorio no se recogen únicamente las entrevistas que ha ido publicando Trullo en Culturamas y El Aforista, sino que dentro de éstas hay también, y por añadidura, implícitamente, citas, listados, cuestionarios, teorizaciones, propuestas de lectura. Tienen la cualidad de una mano extra, de un habitante limítrofe que se encarga de rellenar espacios de prolongación. Todo es parte del cuerpo del aforismo, broza de oro que respira con extraordinaria comodidad en los anexos.

Y el aforismo, está, por extensión, en todo cuanto escriben los aforistas, también cuando no escriben aforismos. No existe conversación entre escritores que no sea en última instancia aforística, de la que no se puedan extraer deducciones morales, anacronismos líricos casi greguerísticos, o una increí-

ble minería de máximas. Y todo es aforismo cuando escribimos o hablamos del aforismo. Olvidemos la frialdad autorreferencial del concepto, vaguedad académica tosca y aburrida, esa insistente y pesada necesidad de encajar en el diccionario. Escuchemos a los protagonistas en su palabra justa, en su exacta medida especular con el entrevistador.

Algunas de estas entrevistas asumen un rol valiosísimo, ser faros de orientación. Tienen, casi todas, la inestimable y juiciosa trascendencia de una poética. Muchas fueron contestadas por escrito. Eso, el que no sean del todo espontáneas, el que las respuestas hayan sido trabajosamente reflexionadas, releídas antes de entregarlas, o hasta reescritas, les da cuanto menos un cierto carácter ensayístico. Y en algún caso, hasta toman, engarzándose unas a otras, ramificándose, la homogeneidad de un cuerpo único. Son como un material sobrante aparentemente informe, organismo ya viviente, y, sobre todo, revitalizador. Los escritores aprovechan para expresar sus ideas en un formato libre y abierto, un molde tan útil como el que podría ser un artículo de divulgación o cualquier texto de opinión de prensa. Desde la preocupación por los aspectos formales de los libros del género a ideas sobre cómo concebirlos. Y se presentan como un apéndice intelectual de provechosas consideraciones, meritorias notas, pero también son un medio muy apropiado para escanear el panorama general del aforismo, cuestionar dogmas, repasar la historia, podar las raíces del género.

Es un momento oportuno para hacer recuento e ir asentando también sobre papel y en un mapa de coordenadas tantas pulsátiles y ajetreadas derivas del aforismo en los últimos años. Estas páginas ayudan al esfuerzo por conceptualizar y delimitar el espectro de acción y alcance del género, las zonas de intersección, los magisterios principales, los enfoques y su trascendencia. Hay miradas predictivas; y palabras circunstancialmente visionarias. Y vale, ahora más que nunca, lo excluido y

lo excluyente; valen las sobras de ración, lo descolgado, el hilo enredado e inapreciable a los sentidos; vale la heterodoxia, la hibridez, lo acumulativo; la periferia del género. Es en estas *marginalia* donde habita con mayor libertad la idea de aforismo.

Aitor Francos

CUESTIONARIO CHAMFORT
(El Aforista)

EMLIO LÓPEZ MEDINA

Emilio López Medina nació en Jódar (Jaén). Licenciado en Filosofía por la Universidad de Valencia y doctor por la de Granada con una tesis sobre Jaime Balmes, ha ejercido como profesor titular de la Universidad de Jaén. Es autor de diversos libros y estudios de carácter académico, así como de una amplia obra aforística como *El dolor* (2011), *69 aforismos porno & 96 aforismos antisexistas* (2015), *El arte jovial* (2018) y *Del amor y todo lo que le es propio* (2018). Ha sido incluido en las antologías *Fili mei. Los aforistas y la paternidad* y *Juega o muere. Los aforistas y lo lúdico*, así como en el Anuario del Aforismo Español 2018.

1. ¿Recuerda cuándo empezó a escribir aforismos de una forma consciente, es decir, comprometido con el género en cuanto autor?

Sí. Y además de una manera muy precisa. Había roto con mi novia, y ella me escribió una carta (en aquellos tiempos, 1982, no había ni correo electrónico, ni whatsapp…, ni siquiera había móviles), a la que enseguida me dispuse a contestar. Para ello fui hilvanando frases, considerandos, reflexiones e ideas sobre el amor y la vida que pudiera emplear para darle relevancia y expresividad a mi respuesta. Pero he aquí que todas esas ocurrencias me fueron sucediendo en un viaje desde Valencia a Jaén en un Seat 600, y como era claro que después no podría recordarlas todas ni en su cantidad ni en su rotundidad (fruto de la espontaneidad), comencé a anotarlas para que no se me olvidaran (lo cual, sea dicho de paso, me obligó a hacer numerosísimas paradas en las márgenes de la carretera, en lo que tampoco había mayor problema, pues que las autovías ni existían). Al final del viaje y, cuando al otro día me puse a contestar la carta

y comencé a ordenar los fragmentos, me di cuenta de que éstos constituían unidades de sentido por sí mismos y que, debido a sus características, podían formar un elenco parecido a aquellos libros de pensamientos breves, aforísticos en su mayoría, a los que, en verdad, no había prestado mucha atención en mi trabajo de Filosofía, "ciego" como estaba por aquellos años en el estudio de la Lógica Matemática. Los aforismos me hicieron "ver la luz". Desde entonces no he dejado de dedicarme a este género del pensamiento breve, compatibilizando todo con mi labor en la universidad, si bien no es hasta hace poco –al decir poco quiero decir 12 o 14 años– que me he dedicado a sistematizarlos y publicarlos, y sobre todo ahora que estoy jubilado… Pero últimamente me estoy dando cuenta que tal es la cantidad de material que he venido acumulando, que creo que me va a faltar vida. Ha sido un error dejarlo todo "para después".

2. ¿Cuál es su método de creación y composición de aforismos? ¿Los corrige de forma concienzuda, o prefiere respetar la primera intuición?

Para contestar a esto, mejor le hago una descripción de todo el proceso. En mi caso, está claro que el aforismo nace, al menos en mí, como una intuición que suele ocurrir al modo de una visión más o menos lógica, más o menos emocional: como un destello de comprensión de una realidad que surge espontáneamente y a veces en los momentos y situaciones más inopinados (en el cuarto de baño, conduciendo, paseando o discutiendo), pero también leyendo mucho… Es impredecible la situación.

El principio general es respetar esa primera intuición porque conserva todo el frescor y la fuerza de la espontaneidad, salsa del aforismo. Ocurre, naturalmente, que esa espontaneidad a veces lleva mucha broza y adherencias espurias, y se presenta un poco a las bravas. Entonces es necesario un trabajo de

pulimento. Pero siempre con cuidado de que no pierdan esa rotundidad y vigor prístino con que nacen.

Donde sí que realizo una labor muy concienzuda y tediosa, que me lleva mucho tiempo –quizás más que componerlos–, es en la de prepararlos y ordenarlos para su publicación. Y ello porque no puedo evitar –quizás por temperamento, quizás por deformación del ejercicio de la filosofía– presentarlos estructurados y vertebrados de manera que todo el conjunto tenga un sentido o, si se quiere, una unidad.

3. ¿Cuáles son sus aforistas de cabecera?

Esto es un poco complicado… Según qué temas y según qué momentos. En líneas generales prefiero aquellos aforismos que están más cerca de la reflexión. Por ello, quizás los aforistas con los que especialmente conecto serían: Schopenhauer, más relacionado con la búsqueda del sentido profundo de la vida; Gracián, que penetra como nadie en la (mala) naturaleza humana; los llamados moralista franceses de la Ilustración, como Joubert o Chamfort… pero sobre todo La Rochefoucauld, magistral en fustigar la ética de su tiempo; otros, como Lichtenberg, por todo esto y más, y entre los modernos, Canetti… En fin, hay muchos. Respecto de Nietzsche –a quien suelo citar con mucha frecuencia–, me parece genial más bien como como psicólogo (como tal se define él mismo) de la cultura. Lo dejo para mis reflexiones precisamente sobre la cultura, en la que todavía este filósofo tiene mucho que decir.

4. Dígame su aforismo favorito, aquel que envidia no haber escrito usted.

¡Qué difícil me lo pone! La verdad es que hay tantos, que me cuesta seleccionar alguno. Ni siquiera sería capaz de evocar todos los que me gustan. Pero hay uno que me viene recurren-

temente a la cabeza cuando percibo y observo los variopintos "eventos consuetudinarios que acontecen en las rúas" y que modernamente nos transmiten los periódicos y la televisión: es aquel de Mark Twain que dice que "desde los tiempos de Adán, los tontos están en mayoría", al que en mi libro *La ambición* yo añado la apostilla "…y desde los tiempos de Caín, lo están los hijoputas".

5. ¿Recuerda el mejor aforismo sobre el aforismo que haya leído?

Como en el caso de los aforistas, hay muchos que me gustan mucho. Recuerdo aquellas palabras de Nietzsche que, siendo algo más que un aforismo, describen muy bien su esencia: "El aforismo es la forma de la eternidad; mi ambición es la de decir en diez frases los que otros dicen en un libro, lo que ningún otro dice en un libro", y que yo expresé de alguna manera al estilo pueblo en *El arte jovial* con aquello de que el "aforismo es la eyaculación precoz del análisis".

6. ¿Qué lugar ocupa el aforismo en su actividad creadora, respecto a otros géneros?

En estos momentos, dedicación plena. Como le he dicho antes, estoy jubilado y puedo emplear en ello todo el tiempo del mundo. Hasta ahora había escrito sobre todo textos académicos, y fuera de estos una obra de teatro premiada por la Casa de España en Paris, así como una novela que aún permanece inédita (independientemente de algunas colaboraciones literarias en periódicos y revistas de carácter universitario). Aparte de ello, no he vuelto a la literatura sino a través del aforismo.

7. ¿Cree que se está produciendo en España cierta burbuja aforística?

Creo, sencillamente, que se está enfatizando un género que hasta ahora había estado en un segundo plano. Y lo había estado quizás por aquella su misma naturaleza de no llegar a componer obras de gran configuración y sistema, que es a lo que nos tenía acostumbrados la filosofía. Ahora ocurre que la gente no demanda estas obras tan voluminosas y extensas, sino que la vida moderna requiere que las consideraciones sobre la vida y el mundo se exhiban de una manera más rápida y sintética, e incluso de persistencia más fugaz, como fugaces son los acontecimientos. Es un producto de la prisa, y la prisa es un producto de la rapidez, y la rapidez lo es de los medios de comunicación. Así que finalmente podría decirse que quizás es un producto de los medios de comunicación, que van acabando con aquellas obras de gran formato que se pretendían de gran calado y que requerirían de reposo y reflexión pausada, y, por tanto, de todo el tiempo del mundo. Si a ello añadimos que la gente ahora se comunica y se ilustra en gran medida por imágenes y mentiras…, pues eso, imagina.

Pero volviendo a la sustancia de la pregunta: no es que haya burbuja (un poco sí que se rebajará el nivel). Es que ahora han conseguido meter al aforismo, al género aforístico, en la dinámica de la banalidad general. Lo que no quiere decir que el verdadero aforismo haya de banalizarse. Todo lo contrario: es la manzana que podría sanar a las demás.

8. ¿Qué influencia cree que pueden haber ocasionado ciertos fenómenos sociales (como la publicidad o las redes sociales) en el actual boom del aforismo?

En cierto modo ya he contestado a esta pregunta con la anterior. La influencia es en doble sentido: las redes exigen concisión debido a su voluminoso y rápido mercado, y el receptor, el humano, también la exige para poder interactuar. Todo lo cual demanda brevedad. Y para ello la síntesis, la expresión

breve, es la forma ideal en esta interacción. Por tanto, se trata de un mecanismo de retroalimentación. Todo en aras de la rapidez de la que hablaba antes. No quiero decir que el aforismo haya surgido por este mercado, sino que el aforismo, que ya estaba allí desde que el hombre empezó a ejercer su más rudimentaria forma de educación (consejos, preceptos, etc.), se ha integrado o lo han integrado por su brevedad y su valor en esta trama de los medios. Y no hablo solo de tuits, wasaps, etc., sino de todo tipo de secuencias textuales modernas.

9. ¿Qué virtud y qué peligro puede tener el aforismo respecto a otros géneros literarios?

La virtud, como la de cualquier otro género literario, es la de complementarse con los demás, ofreciendo, de esta manera, un cromatismo distinto en la "paleta" del arte y el pensamiento. Quizás lo que aporta es una síntesis de sentido de la perspectiva de que se trate, que a otras artes, que se mueven más en el terreno de los anecdótico (desde la novela hasta un lienzo), les falta. Su peligro es quizás la banalización a que me he referido antes: que quede como una sarta de ocurrencias que nada dicen, conmocionan, ilustran o comunican sobre el mundo o la vida. Pero este es un peligro común a todas las artes.

10. Para terminar, obséquieme con un aforismo inédito, nunca antes publicado en ningún otro sitio.

Debido a mi costumbre, o tal vez vicio o deformación profesional por el trato con la filosofía, a que me he referido antes, tengo tendencia a hacer aforismos encadenados en su orientación –en esto sigo los pasos de mi admirado Gracián– y así mis aforismos suelen presentarse en bloques amplios de sentido: es decir, que cada parte puede tomarse como un aforismo en sí mismo, pero que el conjunto le da una mayor amplitud en su

perspectiva. Por ello, y puesto que estoy obligado a escoger uno y solo uno, me decantaré por alguno que podría servir como representación de esta mi forma de proceder; por ejemplo, uno que se halla en el libro *La ignorancia*. Dice así: "A los tontos, el sabio les parece tonto, y el granuja sabio. A los granujas, el tonto les parece tonto y el sabio un granuja. A los sabios, el tonto les parece tonto, y el granuja un tonto que parece sabio".

RAMÓN EDER

Ramón Eder (Lumbier, 1952) es uno de los autores más destacados del panorama aforístico español. Ha publicado, entre otros, los libros *La vida ondulante*, *Ironías*, *Pequeña galaxia* y *Palmeras solitarias* (Premio AdA 2018 al mejor libro de aforismos), los cuales destacan por su sutil humorismo y su profundo dominio de la técnica creativa. Su último libro publicado es *El oráculo irónico* (2019).

1. ¿Recuerda cuándo empezó a escribir a aforismos de una forma consciente, es decir, comprometido con el género en cuanto autor?

Desde muy pronto, como lector, me interesó mucho Oscar Wilde, especialmente porque en sus libros escribía muchas frases paradójicas muy inteligentes que él llamaba epigramas y que a mí me parecían admirables. Y estuve de acuerdo con Borges que, criticando a los que consideraban a Wilde simplemente un ingenioso, escribió elogiándolo, como había hecho otras veces: "Leyendo y releyendo, a lo largo de los años, a Wilde, noto un hecho que sus panegiristas no parecen haber sospechado siquiera: el hecho comprobable y elemental de que Wilde, casi siempre tiene razón". Así que empecé a escribir aforismos muy joven debido a esa influencia de los epigramas de Wilde y publiqué en mi primer libro de poesía *Axaxaxas Mlö* (1985) algunos aforismos míos como separación de las cuatro partes en las que se dividía el libro. Y ya entonces me di cuenta de que el aforismo era el género literario que más me interesaba cultivar.

2. ¿Cuál es su método de creación y composición de aforismos? ¿Los corrige de forma concienzuda, o prefiere respetar la primera intuición?

Desde 1999, año en el que publiqué *La mitad es más que el todo*, un libro misceláneo en el que hay poesías, relatos y aforismos, prácticamente ya solo escribo y publico aforismos. Casi todos los días escribo algunos a mano, luego los corrijo y hago una selección que imprimo. Y los vuelvo a corregir y sigo eliminando los aforismos que no me convencen. Y hago esta operación varias veces. Y cuando tengo unos 300 escritos suelo decidir publicarlos para liberarme del libro porque uno se podría pasar toda la vida corrigiendo un libro y quizá echando a perder lo poco de bueno que pueda tener.

3. ¿Cuál son sus aforistas de cabecera?

Schopenhauer estimaba tanto a Baltasar Gracián que hasta lo tradujo al alemán. Y son muchos los aforistas extranjeros que aprecian mucho la obra del autor del *Oráculo manual*. Y no me extraña. Yo he leído sus libros innumerables veces. Otros aforistas que valoro mucho son La Rochefoucauld, Lichtenberg, S. J. Lec, Juan Ramón Jiménez, Nicolás Gómez Dávila…

4. Dígame su aforismo favorito, aquel que envidia no haber escrito usted.

Depende del día. El aforismo que me parece excelente un día, otro día me puede parecer que no es para tanto…

5. ¿Recuerda el mejor aforismo sobre el aforismo que haya leído?

Bueno, me vienen a la cabeza varios. Por ejemplo: “No importa que el aforismo sea cierto o incierto; lo que importa es que sea certero” (Bergamín). O: “El aforismo nunca coincide con la verdad; o es media verdad o verdad y media” (Karl Kraus).

6. ¿Qué lugar ocupa el aforismo en su actividad creadora, respecto a otros géneros?

Escribo solo aforismos, lo cual, al hacerlo casi todos los días, es una manera de llevar un diario de lo que pienso. Escribir aforismos es mi manera de pensar.

7. ¿Cree que se está produciendo en España cierta burbuja aforística?

Se está normalizando la publicación de aforismos. Yo viví hace muchos años en Francia y en Inglaterra y en esos países el aforismo era un género practicado por muchos escritores y muy respetado. Y había varias editoriales en ambos países especializadas en publicar este género. Pero en los años 80 del pasado siglo en España los editores solo publicaban aforismos de algunos escritores muy conocidos porque había una incomprensión absoluta con el aforismo, como si hubiera que ser un genio como Nietzsche para escribirlos. Y era muy difícil que te publicaran un libro. Ahora las cosas han cambiado afortunadamente y se publican libros de aforismos buenos, regulares y malos. Como ocurre en los demás géneros literarios.

8. ¿Qué influencia cree que pueden haber ocasionado ciertos fenómenos sociales (como la publicidad o las redes sociales) en el actual boom del aforismo?

Internet, sin duda, es un buen lugar para publicar textos breves. Per para lo que es muy útil es para leer a aforistas de otros países que son difíciles de encontrar en las librerías españolas.

9. ¿Qué virtud y qué peligro puede tener el aforismo respecto a otros géneros literarios?

La virtud es que un aforismo, que es una frase breve que se lee de un vistazo, puede ser un gran regalo para la inteligencia. El peligro, que mucha gente cree que es un género fácil de escribir y cae en la insensatez de publicar ocurrencias.

10. Para terminar, obséquieme con un aforismo inédito, nunca antes publicado en ningún otro sitio.

"Los fantasmas se alimentan del miedo que provocan".

ANDER MAYORA

Licenciado en Humanidades, Ander Mayora (Éibar, Guipúzcoa, 1978) ha vivido en Mozambique y Londres, y actualmente reside en San Sebastián. Forma parte de la que algunos han llamado la 'escuela vasca' aforística, en la cual se incluyen también Aitor Francos o Karlos Linazaroso y, en una generación anterior, Ramón Eder y Karmelo C. Iribarren. Tras su sorprendente —por lo serio y profundo— primer libro de aforismos, *La clemencia del tiempo* (Los Papeles del Sitio, 2015), ha publicado *El Páramo* (Trea, 2018), donde confirma y aquilata las promesas allí intuidas. Acaba de ganar el Premio AdA de Aforismo al Autor revelación de 2018. Aparte, como poeta ha publicado *Año adentro* (Poesía al Albur, Sevilla, 2018). Su próximo libro, de próxima aparición, se titula *De la vida exterior*.

1. ¿Recuerda cuándo empezó a escribir a aforismos de una forma consciente, es decir, comprometido con el género en cuanto autor?

No recuerdo exactamente años o fechas, pero sí que su escritura se fue precipitando y adensando a medida que pasaba el tiempo, hasta desplazar a otros géneros que venía ensayando. Esa dedicación creciente desembocó en mi primera colección de aforismos (*La clemencia del tiempo*, 2015), que tardé muchos años en concluir. Ya con el segundo me costó menos, en cuanto a tiempo, aunque no en cuanto a dedicación.

2. ¿Cuál es su método de creación y composición de aforismos? ¿Los corrige de forma concienzuda, o prefiere respetar la primera intuición?

Acumulo notas y apuntes que después voy modificando y corrigiendo. Creo que los corrijo de forma, más que concienzuda, obsesiva. A veces dejo la primera intuición, pero muy pocas veces. Incluso aforismos que pueden parecer escritos de una sentada, por así decir, son la versión resultante de otras múltiples versiones.

3. ¿Cuáles son sus aforistas de cabecera?

Aunque mis gustos se mueven en casi todos los géneros, como poesía, narrativa o ensayo, si hablamos estrictamente de aforistas, mencionaría sobre todo a Cioran y Gómez Dávila. También aprecio *Mi corazón al desnudo* de Baudelaire, Blake, los taoístas, el Eclesiastés, Jünger y un largo etcétera.

4. Dígame su aforismo favorito, aquel que envidia no haber escrito usted.

Siempre me ha gustado este: "El camino del exceso conduce al palacio de la sabiduría". Me viene siempre a la boca cada vez que alguien pide actuar con mesura.

5. ¿Recuerda el mejor aforismo sobre el aforismo que haya leído?

Cito de memoria: "Lo propio de una época explosiva es el fragmento". No sé si es exactamente así. Es de Ramón Eder.

6. ¿Qué lugar ocupa el aforismo en su actividad creadora, respecto a otros géneros?

En estos momentos, un papel central, aunque va siendo desplazado, creo. Estos años ha ocupado prácticamente todo mi tiempo de escritura, pero creo que me voy abriendo más a

otros, últimamente, como la poesía. Supongo que son rachas, quizá se vaya ahora y vuelva en un tiempo, no lo sé.

7. ¿Cree que se está produciendo en España cierta burbuja aforística?

Ni idea, y, si se está produciendo, qué importa. En caso de que reviente, no va a dejar gente desahuciada ni empresas quebradas. La gente seguirá leyendo aforismos hasta que se acabe el mundo, sean 20.000 o 200 lectores. Parece como si hubiera que mesurarse a la hora de difundir aforismos. Repito: "El camino del exceso conduce al palacio de la sabiduría". Se publican infinidad de novelas malas todos los años y lo mismo sucede, probablemente, con el aforismo. Al final, quedará lo que tenga que quedar y los lectores recordarán lo que les parezca mejor, nada más.

8. ¿Qué influencia cree que pueden haber ocasionado ciertos fenómenos sociales (como la publicidad o las redes sociales) en el actual boom del aforismo?

No lo sé exactamente, porque no estoy en redes sociales. Supongo que su formato ha influenciado en su propagación, debido a la limitación de caracteres, la necesidad de mensajes cortos y claros. Es posible que hayan funcionado como caja de resonancia de los formatos breves, pero nada más; también que hayan banalizado los mensajes al mismo tiempo que han ampliado su difusión. Es un fenómeno normal

9. ¿Qué virtud y qué peligro puede tener el aforismo respecto a otros géneros literarios?

La puntería y la nadería. Aunque creo que ambas cosas las comparte con otros géneros, que es lo que lo hace, en mi opi-

nión, perfectamente homologable a los otros. En un escolio de Gómez-Dávila puede haber más profundidad que en muchas novelas modernas.

10. Para terminar, obséquieme con un aforismo inédito, nunca antes publicado en ningún otro sitio.

“Todo es tauromaquia”.

FRANCISCO FERRERO

Francisco Ferrero nació en Melilla, en 1980. Estudió la licenciatura en Filosofía, y con posterioridad el grado en Antropología Social y Cultural, ambos en la UNED. Es miembro del Forum Filosófico de Melilla. En sus propias palabras, "he cultivado y experimentado, desde la niñez, y profusamente, varios géneros literarios, aunque tengo una marcada inclinación por la expresión en forma de ensayo, poesía y todas las formas de aforística". *La revolución de la paciencia* (Libros al Albur, 2018) fue su primer libro, compuesto por casi 300 aforismos que configuran una voz propia, sin dejar de entroncar con la gran tradición del género más breve. Recientemente ha ganado el Premio Internacional de Aforismos José Bergamín con el libro *Un silencio propio*, que publicará en breve Cuadernos del Vigía.

1. ¿Recuerda cuándo empezó a escribir aforismos de una forma consciente, es decir, comprometido con el género en cuanto autor?

Le debo a mi madre el interés por la estructura verbal sentenciosa, pues tiene un conocimiento profuso e impresionante del variopinto acervo del refranero español, de manera que, prácticamente desde la niñez, llevo escuchando todo tipo de refranes y chanzas tradicionales que han encuadrado casi cualquier conversación o experiencia; probablemente, esto condicionara mis prácticas espontáneas iniciales de lo pensado en fragmentos. Otros hitos de juventud, definitivos y definitorios para sostener mis tentativas en relación al pensamiento y la escritura breve, fueron descubrir, a los diecisiete años, *Parerga y Paralipomena* de Schopenhauer y, algo más adelante, *El ocaso de los ídolos* de Nietzsche. En los puntos de inflexión de esas lecturas,

inmerso en la atmósfera de intensidad expresiva de estos autores, a veces de muy corto recorrido, marcaron de forma indeleble mi interés por el aforismo y la expresión filosófica asistemática y fragmentaria, y a partir de estos momentos, comencé a cultivar modestamente mi pensamiento a través de varias formas breves.

2. ¿Cuál es su método de creación y composición de aforismos? ¿Los corrige de forma concienzuda o prefiere respetar la primera intuición?

En determinados momentos, el pensamiento (a la postre aforismo) aparece como un chispazo, con forma y fondo perfectamente definidos, que requiere de muy poca revisión o pulido; por otro lado, no ocurre lo mismo con otro tipo de aforismos, que precisan casi protocolariamente de cierto método, revisión, más afilado y varias vueltas, fragmentos de fragmentos que parten quizá de alguna impresión, pensamiento, emoción, recuerdo o experiencia, o incluso, son estructuras lingüísticas vacías, envolturas atractivas que se relevan y exigen un ajuste semántico más meditado y elaborado para que el ensamblaje sea satisfactorio y cuya coherencia no se resienta.

Además de estos puntos comunes, otra cosa son las obsesiones y manías que cada autor suele desarrollar casi reverencialmente. Yo tengo querencia por abordar, en cuanto me es posible, la escritura de aforismos con música. Hay muchas melodías que me facilitan la creación y la búsqueda estética de ciertas imágenes, metáforas, palabras o recursos de estilo para pergeñar el aforismo con el tono o intensidad que busco. Le debo a la música una cantidad ingente de aforismos y gran parte de evolución personal en torno a ellos.

3. ¿Cuáles son sus aforistas de cabecera?

Entre los que considero puntos cardinales están Nietzsche y Schopenhauer, como antes indiqué, aparte de William Blake, Pascal, Cioran, Emily Dickinson, S. J. Lec, Simone Weil, Malcolm de Chazal, Wittgenstein, Tagore, Canetti, Porchia, Pizarnik, y, por supuesto, en mi edificio aforístico no faltan estancias destinadas a la filosofía proverbial zen, con la preclaridad de sus 'koan', además de todos los filósofos griegos. En el esqueleto aforístico sobre el que se sustenta nuestra lengua me parecen esenciales Baltasar Gracián, Juan Ramón Jiménez, José Bergamín, Ramón Gómez de la Serna y Carlos Edmundo de Ory.

4. Dígame su aforismo favorito, aquel que envidia no haber escrito usted.

En realidad, más que un aforismo u otro que quisiera haber escrito (hay un sinnúmero que me hubiera gustado escribir), admiro la obra y los recursos estéticos y expresivos que determinados autores han sido capaces de alcanzar, a esa rara especie de escritores que se vuelven un género en sí mismo. Cioran es un género. Christian Bobin es un género. Eso es lo que admiro sobremanera, más que el escrito puntual brillante que pueda encontrarse en tal o cual autor. Se pueden encontrar en infinidad de ellos, pero lo otro, hacer de una obra (o de gran parte de ella) un estilo y hallar con él una cima, es lo memorable.

5. ¿Recuerda el mejor aforismo sobre el aforismo que haya leído?

No sabría escoger preferencialmente uno sobre otro y, en todo caso, me gustaría creer que aquel que yo pudiera considerar como el mejor aforismo sobre el aforismo está por ser escrito (o, cuando menos, aún por leer/descubrir), y espero que para ello quede todavía mucho.

6. ¿Qué lugar ocupa el aforismo en su actividad creadora, respecto a otros géneros?

Ahora mismo, la composición fragmentaria y/o aforística ocupa un lugar muy relevante, junto con la ensayística. El apunte, la nota vivencial, la ocurrencia de circunstancias, han sido, desde los inicios de una cierta actividad creadora regular por mi parte, los materiales vírgenes desde los que me he nutrido para encauzarme expresivamente hacia otras estructuras literarias más formales.

7. ¿Cree que se está produciendo en España cierta burbuja aforística?

Si nos circunscribimos a una hipotética expansión o difusión de este tipo de escritura en ámbitos patrios con respecto a sus antecedentes histórico-literarios, creo observar indicios paradójicos; me parece advertir que sí hay un gran crecimiento en el uso del aforismo por parte de creadores que quizá antes no se habían acercado y, por el contrario, no me parece tanto un presumible interés creciente de lectores. En España, la historia del aforismo es discontinua, con picos de intensidad bastante remarcables, aunque es un género no tan prestigiado, cultivado y respetado como sí lo haya podido ser en otros países. Atendiendo a esto, si "burbuja aforística" abarca parcialmente el uso, concurso y quizá abuso que hoy en día está involucrando a muchos autores y muchos de ellos nuevos en este terreno, es posible que sí exista algún fenómeno creciente aplicable a ese término, hay mucha más visibilidad al haber más medios de difusión, pero no tengo tan claro que exista tanto interés en el público en general, algo así como un interés masivo, como sí creo que puede estar ocurriendo con la poesía, el haiku o con cualquier otra moda popular.

8. ¿Qué influencia cree que pueden haber ocasionado ciertos fenómenos sociales (como la publicidad o las redes sociales) en el actual boom del aforismo?

En lo estrictamente relativo a la influencia directa en el género, estos medios han supuesto una influencia capital, puesto que cualquier aficionado al aforismo (escrito o leído), no sólo dispone de los elementos fundamentales para hacer masiva (viralización) una distendida popularización de frases célebres o eslóganes ingeniosos, sino además, para hacer pública su propia obra desde varias plataformas sociales generales o específicas; ello ha delimitado una dimensión del género mucho mayor y un inusitado alcance que antes no tuvo para lectores profanos, pero, eso sí, y me remito a la respuesta anterior, los canales de comunicación del capitalismo, facilitan que cualquier producto cultural, de menor o mayor grado o calidad, pueda ser reproducido y difundido sin las limitaciones convencionales que hace un tiempo podrían existir, como por ejemplo, el dictamen y la selección de las editoriales. Esto está transformando las herramientas de producción de la industria cultural en general, y no sólo de la literaria o de algún género más o menos minoritario, y, de hecho, lo que pueda estar ocurriendo de un modo u otro con el aforismo, no es más que un efecto particular de un fenómeno entreverado en prácticamente todas las esferas de la sociedad.

9. ¿Qué virtud y qué peligro puede tener el aforismo respecto a otros géneros literarios?

En sí mismo y relativo a otros géneros, que el aforismo pueda tener peligros es una virtud, denota que es relevante, y que tenga virtudes puede ser algo muy peligroso, denota que puede ser corruptible. En el ámbito literario, un tipo de escritura breve (que no veloz), siempre ha tenido el riesgo de tener que mante-

ner despierto un criterio exigente para hilar muy finamente entre la banalización expresiva, el encapsulado en fórmulas redundantes y la veleidad de la fanfarria retórica, y que todo ello haga al autor sentirse cerca de algo parecido a la idea de la verdad, de una idea de hallazgo definitivo, es el riesgo más peligroso. En cambio, la virtud del aforismo es que a uno lo mete constantemente en problemas, nos pone al pie de los caballos de nuestro propio conocimiento, abriendo nuevas brechas de realidad, sembrando vigorosas ideas en los terrenos baldíos de las certezas y provocando que regresemos al principio de una ignorancia virgen, conduciéndonos a la perplejidad, que es, a su vez, de las máximas virtudes a las que cognitivamente podemos tener acceso. Este cuestionamiento permanente es muy saludable para observar con otro prisma las estructuras de varios géneros literarios y cómo pueden resquebrajarse otras lindes aparentemente más claras.

10. Para terminar, obséquieme con un aforismo inédito, nunca antes publicado en ningún otro sitio.

“Nos dedicamos a todo tipo de planes para ser felices; en cambio, la desdicha preferimos improvisarla”.

JAIME FERNÁNDEZ

Jaime Fernández Martín (1960) es periodista y ensayista literario. En 2009 publicó su primer libro, *De claro en claro: Una lectura de El Quijote* (Editora Regional de Extremadura). Con motivo del centenario de *Por el camino de Swann*, en 2013 publicó *El almuerzo en la hierba* (Hermida Editores), una amplia selección de pensamientos extraídos de *En busca del tiempo perdido*, de Marcel Proust, en traducción de María Teresa Gallego y Amaya García. En 2018 ha logrado el I Premio de Aforismos La Isla de Siltolá por *Maniobras de distracción*, que acaba de ser publicado por la editorial convocante.

1.- ¿Recuerda cuándo empezó a escribir a aforismos de una forma consciente, es decir, comprometido con el género en cuanto autor?

Hace muchos años. En ningún caso de forma sistemática, sino como anotaciones personales, de forma espontánea. Lichtenberg decía que si uno escribiera las ocurrencias que le vienen a la mente, podría componer un libro al año.

2.- ¿Cuál es su método de creación y composición de aforismos? ¿Los corrige de forma concienzuda, o prefiere respetar la primera intuición?

No conozco método alguno, como no sea eso que entendemos por asociación de ideas. Influyen la experiencia, el oficio, por supuesto. Y al igual que sucede con otros géneros literarios, la papelera resulta indispensable. También el tiempo ayuda a descartar y seleccionar.

3.- ¿Cuál son sus aforistas de cabecera?

Los moralistas franceses: La Rochefoucauld, La Bruyère, Chamfort, Vauvenargues, Joubert. También Gracián, Lichtenberg, Nietzsche, Oscar Wilde, Renard, Schnitzler, Hofmannsthal, Wittgenstein, Valéry. Y entre los contemporáneos, Cioran, Canetti, Nicolás Gómez Dávila, Jorge Wagensberg. Aunque no sea un aforista en el sentido estricto del término, leo con frecuencia las greguerías de Ramón Gómez de la Serna.

4.- Dígame su aforismo favorito, aquel que envidia no haber escrito usted.

Son muchos y la elección es difícil. Por ejemplo, éste de Valéry: "Mi vida no tiene nada de extraordinario. Pero mi manera de pensar en ella la transforma".

5.- ¿Recuerda el mejor aforismo sobre el aforismo que haya leído?

De Arthur Schnitzler, autocrítica en estado puro: "Si agitas un aforismo, caerá una mentira y quedará una banalidad".

6.- ¿Qué lugar ocupa el aforismo en su actividad creadora, respecto a otros géneros?

Un lugar destacado.

7.- ¿Cree que se está produciendo en España cierta burbuja aforística?

No tengo un conocimiento suficiente como para opinar sobre el asunto.

8.- ¿Qué influencia cree que pueden haber ocasionado ciertos fenómenos sociales (como la publicidad o las redes sociales) en el actual boom del aforismo?

Es probable que Twitter influya en la proliferación de aforismos, o más bien sucedáneos, supongo que de calidad desigual.

9.- ¿Qué virtud y qué peligro puede tener el aforismo respecto a otros géneros literarios?

La virtud es su capacidad de síntesis, de condensación. Decir algo significativo en pocas palabras. El peligro: incurrir en la banalidad, en la tontería pretenciosa, en el verbalismo.

10.- Para terminar, obséquieme con un aforismo inédito, nunca antes publicado en ningún otro sitio.

“La realidad es la forma que tenemos de percibirla. Por eso es plural y de una variedad inabarcable”.

JESÚS COTTA

Jesús Cotta nació en Cártama, en 1967. Estudió la carrera de Filología Clásica. Desde hace años reside en Sevilla y actualmente imparte clases de Filosofía y Griego en el IES Martínez Montañés de la capital hispalense. Es autor de ensayos como *Topicario. Arpones contra el pensamiento simple* o *Ulises y las sirenas. El dilema de la infidelidad*. También ha escrito la novela *Las vírgenes prudentes* y los libros de poemas *A merced de los pájaros, Menos la luna y yo*, y *Niños al hombro.* Como aforista ha publicado *Cometario* (2015).

1. ¿Recuerda cuándo empezó a escribir aforismos de una forma consciente, es decir, comprometido con el género en cuanto autor?

Desde siempre me gustaron los aforismos. Soy muy dado a acometer proyectos en mi vida presidiéndolos con una máxima que los inspire. Y cuando me hice profesor, adopté de un buen amigo mío la costumbre de empezar la clase con un proverbio, una cita o una máxima. A los alumnos les gustan tanto, que algunos se los tatúan. Y luego empecé a publicar algunos en mi cuaderno de bitácora. Creé una categoría especial y ellos me engancharon, porque me producen, al crearlos, la misma sensación que salir de un laberinto. Los aforismos son como hilos de Ariadna.

2. ¿Cuál es su método de creación y composición de aforismos? ¿Los corrige de forma concienzuda, o prefiere respetar la primera intuición?

A veces el aforismo viene solo y redondo, directamente bajado del cielo. Pero ahora que tengo que responder a esta pregunta,

me doy cuenta de que en general sigo tres fases. En la primera, antes de componer un aforismo, me viene primero una inspiración (una inspiración que se puede provocar) que consiste en un par o en un trío de conceptos que se me presentan como opuestos o complementarios o incompatibles o misteriosamente unidos y cuya relación profunda tengo que desentrañar. En la segunda empiezo a componer frases donde esa relación se revele del modo más lúcido, breve, contundente y completo posible y con el menor número de palabras. Tengo que escribir muchas frases, con muchas estructuras sintácticas distintas, hasta que encuentro la que más juego y música me aporta para decir exactamente lo que quiero decir. ¿Frases en yuxtaposición? ¿Frases subordinadas? ¿Uso la primera persona del singular o la del plural? ¿La segunda del singular o la tercera del plural, o bien recurro a una construcción impersonal? ¿Quién es el sujeto: la gente o alguna gente? ¿Pongo un "siempre", un "a veces", un "nunca"? ¿Es mejor sacrificar un poco de claridad y lógica para poner alguna metáfora o imágenes que la hagan más expresiva? Etc. Y en tercer lugar someto el aforismo a lo que yo llamo la prueba del tatuaje y de la secta. Me pregunto: ¿Se podría tatuar un adolescente esto en la espalda sin avergonzarse cuando se lo vean en la intimidad treinta años después? O me pregunto: si una secta adopta este aforismo como lema, ¿se vuelve menos peligrosa? Si la respuesta es que sí en ambos casos, entonces *nihil obstat*. Aun así me ha sucedido que en mi libro de aforismos *Cometario* he dado por válidos algunos aforismos sin pasar esas pruebas, pero que me sedujeron con sus fuegos fatuos.

3. ¿Cuáles son sus aforistas de cabecera?

Soy dado a leer más bien autores que, sin escribir necesariamente aforismos, están plagados de sentencias maravillosas e iluminadoras, como Séneca, Chesterton, Wilde, Jardiel Poncela

o libros como *Ascética* de Kazantzakis. Pero mis autores de cabecera en este género son Baltasar Gracián y Pascal.

4. Dígame su aforismo favorito, aquel que envidia no haber escrito usted.

Se me ocurre que podría ser "Ama y haz lo que quieras", de San Agustín. Reúne muchas condiciones: contundencia, bondad, sabiduría, densidad, fecundidad, elegancia. Abre caminos, ilumina conciencias, abate prejuicios y miedos. ¿Qué más se puede pedir? Y cuando uno lo oye por vez primera, parece que ya nació hecho y para siempre, desde el principio de los tiempos, pero, en realidad, hay tras él todo un proceso intelectual y personal de madurez interior.

5. ¿Recuerda el mejor aforismo sobre el aforismo que haya leído?

La verdad es que solo recuerdo uno que no sé de quién es y que Enrique Baltanás me dijo una vez: "El aforismo es el antioxidante del tópico", que yo interpreto en el sentido de que el aforismo es un buen alimento intelectual contra los efectos de la comida basura que es el tópico y, por eso, lo que hacen muchos aforismos es precisamente refutar el tópico.

6. ¿Qué lugar ocupa el aforismo en su actividad creadora, respecto a otros géneros?

El aforismo exige la máxima belleza formal y el mayor rigor de pensamiento. Es un híbrido de poesía y filosofía. Las dos me encantan. Es el microrrelato o el micropoema de la filosofía. Los primeros filósofos escribían en poesía y por eso les salían aforismos. Eso es para mí el aforismo: el ámbito creativo don-

de pensamiento y belleza, filosofía y poesía, se hacen novios y yo soy el que tiene que escribirles las cartas de amor.

7. ¿Cree que se está produciendo en España cierta burbuja aforística?

Decía nuestro Baltasar Gracián "Más valen quintaesencias que fárragos". Pues bien, en la red nadie quiere fárragos, sino quintaesencias. Por eso hay tanto aforismo o, mejor dicho, tanta frase breve y con pretensiones. Los aforismos con quintaesencia siempre serán pocos. Pero aquí están las páginas como esta [El Aforista] para encontrarlos y echarlos como cometas al cielo. Ocurre además que para escribir solo se necesita saber hablar y, si acaso, tener papel y lápiz o un móvil. Y por eso siempre hay más burbuja de escritores que de pintores, músicos y escultores, que necesitan instrumentos y materiales.

8. ¿Qué influencia cree que pueden haber ocasionado ciertos fenómenos sociales (como la publicidad o las redes sociales) en el actual boom del aforismo?

No sigo las redes sociales. Pero sí vivo en el mundo. Y lo que veo es un auge espantoso de ideologías como el animalismo, el feminismo, el indigenismo, la ideología de género, que parasitan a muchas personas y las hacen soltar pomposamente frasecitas que, más que aforismos, son tópicos, consignas, lemas para sentirse cargados de razón y hallar un eco entre los adeptos, que son legión. Pero también veo que, puesto que estamos en un ambiente favorable a lo micro y fragmentario, el buen aforismo, el libre e independiente, puede hacerse un hueco entre individuos libres e independientes.

9. ¿Qué virtud y qué peligro puede tener el aforismo respecto a otros géneros literarios?

La virtud del aforismo es que, si es incisivo y revelador y bueno y es disparado en el momento justo, puede cambiar en diez palabras la vida de una persona, lo que quizá no logren durante toda una vida cien tratados de filosofía. Me ha pasado muchas veces que un aforismo leído al azar me ha resuelto para siempre y con brillantez cuestiones filosóficas o morales en las que yo llevaba años empeñado y embrollado. Esa es su virtud: tanto impacto en tan pocas palabras.

Y su peligro es caer en el fuego de artificio, en la greguería ingeniosilla, en el juego de palabras, en la afirmación gratuita, el brindis al sol, el tópico con pretensiones, en disparar a diestro y siniestro solo porque se tiene una pistola de gatillo fácil.

10. Para terminar, obséquieme con un aforismo inédito, nunca antes publicado en ningún otro sitio.

"No consideres tu opinión más cierta por ser tuya, sino más tuya por ser cierta".

RAMÓN ANDRÉS

Ramón Andrés (Pamplona, 1955) es ensayista, pensador y poeta. En el ámbito terreno literario y ensayístico, ha publicado los libros *Tiempo y caída. Temas de la poesía barroca* (1994), *Historia del suicidio en Occidente* (2003) y *Pensar y no caer* (2016) entre otros. Poemarios suyos son *La línea de las cosas*, (1994), *La amplitud del límite* (2000) y su reciente *Poesía reunida y aforismos* (2016), donde ofrece su nuevo poemario titulado *Siempre génesis*. Hay que destacar que Ramón Andrés es autor de un libro de aforismos anterior, muy bien acogido por la crítica y los lectores: *Los extremos* (2011).

1. ¿Recuerda cuándo empezó a escribir aforismos de una forma consciente, es decir, comprometido con el género en cuanto autor, y no incidentalmente?

Cuando llevaba mucho tiempo sin escribir poesía empecé a anotar pensamientos en una libreta. Me di cuenta de que me la llevaba a todas partes. Sentía la necesidad de perfeccionar un pensamiento, después otro, y otro. Así me inicié en el aforismo, un género del que era asiduo lector ya a finales de los años Setenta.

2. ¿Cuál es su método de creación y composición de aforismos? ¿Los corrige de forma concienzuda, o prefiere respetar la primera intuición?

Los corrijo a fondo, casi de manera obsesiva. Procuro darme mucho tiempo. La primera intuición puede dar un buen aforismo, pero no un libro de aforismos.

3. ¿Cuáles son sus aforistas de cabecera?

En realidad no tengo autores predilectos. Aprendo de las sentencias de los antiguos, me refiero a Juvenal, Luciano y tantos otros. Entre los modernos leo con gratitud a Nietzsche, que siempre me ha acompañado. Prefiero a Jünger y a Canetti por encima de los franceses. De vez en cuando vuelvo a Ceronetti.

4. Dígame su aforismo favorito, aquel que envidia no haber escrito usted.

Hace años me ocurrió algo que viví con espanto. Como siempre llevo libretas y fichas, voy anotando ideas y pensamientos que, en el mejor de los casos, sobreviven entre tachaduras y borrones. Leí un aforismo que me gustó mucho, sobre todo porque definía mi desarraigo; lo copié en la libreta. Hablo de muchos años atrás. Pasó el tiempo, y al revisar mis papeles creí que ese aforismo era mío y lo preparé para publicar. Y así fue. Al darme cuenta del error, atónito, me vi obligado a escribir un contra-aforismo, si es que se le puede llamar así. Se lo transcribo porque se entenderá bien la situación y lo que pretendo decirle:

Después de años de no abrir esa libreta encontré, entre tachaduras y un dibujo recortado de Eva Lootz, un aforismo: "Tener antepasados sin descender de nadie". Desarraigado como soy, lo di por mío. No hace mucho, releyendo a Canetti, vi con estupor: "Tener antepasados sin descender de nadie".

—Le debo una respuesta sobre mi linaje: tener un osario por genealogía, y ser la fosa cavada aparte.

5. ¿Qué lugar ocupa el aforismo en su actividad creadora, respecto a otros géneros, como por ejemplo la poesía?

Sinceramente, le doy un lugar principal. Un poema, un aforismo, el capítulo de un ensayo, son parte de un mismo pensamiento, aunque expresado de manera distinta. No sé por qué el aforismo se considera un género menor, es complejo, exigente, duro a veces. No perdona ningún error, como la poesía. Lo peor que puede ocurrirle a un aforismo es caer en lo ingenioso o hacer que su autor parezca inteligente sin serlo.

JUAN KRUZ IGERABIDE

Juan Kruz Igerabide (Aduna, Gipuzkoa, 1956) en la actualidad es maestro de primaria. Licenciado en Filología Hispánica y doctor en Filología Vasca. Autor de aforismos, poemas, narrativa y literatura infantil. Ha publicado diversos libros de aforismos en euskera, recogidos en español en *También las verdades mueren* (2004) y *Breviario perplejo* (2017).

1. ¿Recuerda cuándo empezó a escribir aforismos de una forma consciente, es decir, comprometido con el género en cuanto autor?

Publiqué mis primeros aforismos en euskera el año 1994. Llevaba años fascinado por el género; había traducido los aforismos de Hipócrates al euskera en la época en que trabajé como profesor de lenguaje técnico en la Escuela de Enfermería de la Universidad del País Vasco, había leído a diversos presocráticos, a Patanjali; llegaron Gracián, Nietzsche, Cioran, Wittgenstein, Lichtenberg (un autor que me obsesionó durante meses)…

2. ¿Cuál es su método de creación y composición de aforismos? ¿Los corrige de forma concienzuda, o prefiere respetar la primera intuición?

Voy tomando apuntes cuando paseo, leo, tras un rato de duermevela… Junto cuartillas sueltas, cuadernillos, trozos de papel… en una carpeta. Luego, comienza la entresaca. Lo hago sin prisas; pasan años. Tengo tendencia a ordenar los aforismos por temas más o menos homogéneos, un vicio universitario que se acabará curando. No cambio mucho el aforismo original, pe-

ro sí que lo voy recortando en sucesivos repasos. A veces, un texto original de cuatro o cinco renglones se queda en uno.

3. ¿Cuáles son sus aforistas de cabecera?

Me gusta confrontar los clásicos antiguos (entre ellos los epigramáticos como Marcial y Juvenal) con los modernos; me gusta confrontar al ingeniero de la mente Wittgenstein con un Lec o un Cioran, a Nietzsche con Montaigne (un autor que cada vez admiro más), a Gracián con Pascal (la colosal inteligencia de un Pascal obsesionado en autoconvencerse de que sus sentimientos religiosos son los verdaderos). Por otra parte, me siento muy cerca de Ramón Eder, Karmelo C. Iribarren, Karlos Linazasoro…

4. Dígame su aforismo favorito, aquel que envidia no haber escrito usted.

"El ser es, y el no ser no es" (Parménides). Me persigue.

5. ¿Recuerda el mejor aforismo sobre el aforismo que haya leído?

"El aforismo es una pulga" (he olvidado el autor).

6. ¿Qué lugar ocupa el aforismo en su actividad creadora, respecto a otros géneros?

Es el esqueleto.

7. ¿Cree que se está produciendo en España cierta burbuja aforística?

Asistimos a una eclosión del género. Hoy día, los sistemas de pensamiento hacen aguas por todas partes, confrontados con la ciencia y la rápida mezcla de diversas tradiciones culturales y de pensamiento; la caducidad de las teorías es vertiginosa. El aforismo es una forma de supervivencia.

8. ¿Qué influencia cree que pueden haber ocasionado ciertos fenómenos sociales (como la publicidad o las redes sociales) en el actual boom del aforismo?

Puede haber cierta influencia. Pero creo que el aforismo se desarrolla también como antídoto contra el aburrimiento literario; permite volver al germen y empezar de nuevo el viaje.

9. ¿Qué virtud y qué peligro puede tener el aforismo respecto a otros géneros literarios?

Menos es más, es evidente. Un peligro paradójico: el abuso. También se pueden hacer novelones aforísticos, aunque sea poco a poco. El síndrome de totalidad es una enfermedad artística de la que no se libra ni el aforista.

10. Para terminar, obséquieme con un aforismo inédito, nunca antes publicado en ningún otro sitio.

“La entrega total sobrecarga a alguien”.

AITOR FRANCOS

Aitor Francos (Bilbao, 1986) ha publicado hasta la fecha los libros *Igloo* (2011), *Un lugar en el que nunca he escrito* (2013), *Libro de las invitaciones* (Baile del sol, 2013), *Las dimensiones del teatro* (2015), entre otros. Ha obtenido el III Premio Internacional José Bergamín de Aforismo. Escribe crítica y artículos para suplementos como El Cuaderno y Pérgola, y en revistas como Quimera.

1. ¿Recuerda cuándo empezó a escribir aforismos de una forma consciente, es decir, comprometido con el género en cuanto autor?

En realidad no lo recuerdo. Fue un hábito inconsciente que se inició a la vez que las primeras tentativas con la poesía. Se puede decir que he tenido desde siempre el gusto por lo breve, lo dinámico y lo fragmentario.

2. ¿Cuál es su método de creación y composición de aforismos? ¿Los corrige de forma concienzuda, o prefiere respetar la primera intuición?

La composición tiene tres fases: la observación natural e interrogativa sobre la cotidianeidad del mundo, que cristaliza en forma de una idea, algo casi instantáneo e intuitivo; la formulación de la idea por medio del lenguaje que después se simplifica al máximo, hasta la esencia; y, por último, la corrección y depuración, el reposo, la selección y los descartes.

3. ¿Cuáles son sus aforistas de cabecera?

Entre los clásicos, Emil Cioran, Karl Kraus, Jerzy Lec, Oscar Wilde, los cuadernos en octavo de Kafka. Por supuesto, muchos fragmentos de Schopenhauer y de Fernando Pessoa, y los diarios del incombustible Jules Renard. En lengua castellana, Nicolás [Gómez] Dávila y Roberto Juarroz, cuya poesía y ensayos sobre poesía son pura literatura aforística. De los actuales, mi último descubrimiento ha sido León Molina, por nombrar a uno.

4. Dígame su aforismo preferido, aquél que envidia no haber escrito usted.

Por decir uno moderno pero a todas luces extemporáneo, este de Ramón Eder: "Somos inmortales todos los días de nuestra vida, excepto uno".

5. ¿Recuerda el mejor aforismo sobre el aforismo que haya leído?

Es difícil decidirse. Me viene ahora a la memoria uno de Karlos Linazasoro: "De lo que falta, lo que sobra: el aforismo". Hace poco escribí esto para intentar definirlo: "El aforismo es una rama, vista en perspectiva; más que una línea y menos que un bosque. Con la luz y el enfoque adecuados se queda en el justo medio, subrayando el horizonte".

6. ¿Qué lugar ocupa el aforismo en su actividad creadora respecto a otros géneros?

El de la tierra de nadie y los lugares fronterizos. El género central. Que lo impregna todo.

7. ¿Cree que se está produciendo en España cierta burbuja aforística?

No, si la pregunta presupone que esa burbuja fomenta la fragilidad de la literatura aforística.

8. ¿Qué influencia cree que pueden haber ocasionado ciertos fenómenos sociales (como la publicidad o las redes sociales) en el actual boom del aforismo?

Es obvio que han podido facilitar su difusión, pero no es un fenómeno tan novedoso. También humoristas como Jaume Perich o Coll popularizaron el género (aunque no sé si eran realmente aforismos) y a día de hoy casi todas sus ocurrencias me parecen geniales.

9. ¿Qué virtud y qué peligro puede tener el aforismo respecto a otros géneros literarios?

La virtud de la espera. La de colocar la mirada con paciencia sobre los recovecos del lenguaje y sobre la cotidianeidad hasta que se presenta la magia, el destello puro de lo poético, la revelación de la idea en su sustancia básica. La virtud de que lo que es comprendido lo es rápidamente, como una relámpago. Aunque yo creo, por distanciarme de Ramón Eder, que el aforismo se parece más a las estalactitas, cuando tratan de unirse con las estalagmitas. Son fruto de la condensación. De dejar pasar el agua y la transparencia por el interior. De buscar, a su vez, esa fusión entre las dos protuberancias, para consolidar un estructura de apoyo, una columna.

El peligro, por el contrario, de la impaciencia y el de confundir intuición con idea y esencia con brevedad.

10. Para terminar, obséquieme con un aforismo inédito, nunca antes publicado en ningún otro sitio.

“La oscuridad es un cadáver insólito, te traslada de escenario, pero nunca sabemos bien quién lo mueve”.

JORDI DOCE

Jordi Doce (Gijón, 1967) es poeta, crítico y traductor. Doctor en letras por la Universidad de Sheffield. Ha sido lector de es´-pañol (1997-2000) en la Universidad de Oxford. Además de traducir la poesía de Blake, Eliot, Hughes, Simic y Tomlinson, es autor de los poemarios *Lección de permanencia* (2000), *Otras lunas* (2002) y *Gran angular* (2005). En prosa ha publicado *Hormigas blancas* (2005), *Imán y desafío* (2005) y *Perros en la Playa* (2011).

1. ¿Recuerda cuándo empezó a escribir a aforismos de una forma consciente, es decir, comprometido con el género en cuanto autor?

Muy pronto, en 1991 o 92. Poco después de comprobar que no todo se podía decir en un poema. O de vislumbrar que un pensamiento, en ocasiones, puede llegar más lejos dando un salto, aunque luego deba retroceder.

2. ¿Cuál es su método de creación y composición de aforismos? ¿Los corrige de forma concienzuda, o prefiere respetar la primera intuición?

La cuestión es escribir un poco sin pensar, intentando sortear las vallas y obstáculos de una razón demasiado razonable. Más que corregir, lo que hago es dejar pasar mucho tiempo antes de releerlos. Entonces pulo, afino y selecciono.

3. ¿Cuáles son sus aforistas de cabecera?

Por este orden: Canetti, Lichtenberg, Juan Ramón Jiménez.

4. Dígame su aforismo favorito, aquel que envidia no haber escrito usted.

¡Hay tantos! Pero quizá este (elijo a bote pronto) de Lichtenberg: "Casi todos los hombres fundan su escepticismo respecto a una cosa en la fe ciega en otra".

5. ¿Recuerda el mejor aforismo sobre el aforismo que haya leído?

La verdad es que no. Sí recuerdo con especial afecto el último párrafo del Preliminar que Canetti puso al frente de *La provincia del hombre*: "Me gustaría que algunos anotaran también la vida en sus saltos. Parece que los saltos pertenecen más a todos; cada uno, sin especiales dificultades, puede ir a buscar aquello que le concierne. […] La verdadera unidad de una vida es una unidad secreta, y donde actúa con más eficacia es allí donde se esconde sin proponérselo".

En otro sentido, me gusta mucho –y la cito a menudo– la idea del poeta canario Francisco León de que "los aforismos no pueden ser tomados como leyes para los demás, sino como expresiones de deseo para quien los escribe". Me parece una noción luminosa que clarifica, digamos, el porqué del carácter moral del aforismo, que para mí es algo distinto de la máxima o la sentencia, aunque a veces, para ganar en persuasión, pueda impregnarse de acentos sentenciosos.

6. ¿Qué lugar ocupa el aforismo en su actividad creadora, respecto a otros géneros?

Central. Es una válvula de escape, la práctica de escritura a la que siempre vuelvo para recuperar la frescura y cierta inconsciencia juvenil. Es también el aire en el que vive y se mueve,

en que respira, el resto de mi escritura, el pegamento que une los fragmentos.

7. ¿Cree que se está produciendo en España cierta burbuja aforística?

La palabra "burbuja" parece tener cierta connotación negativa, como si el género del aforismo experimentara algo parecido a una inflación especulativa. Supongo que algunos escritores de aforismos son genuinos y otros han surgido al calor de la moda, que en efecto existe, pero no soy quién para distinguirlos más allá de mi respuesta intuitiva –o afectiva– como lector. Sin olvidar que los aforismos (propios y ajenos) hay que dosificarlos; no se puede estar leyendo y escribiendo frases sueltas habitualmente, o al menos yo no soy capaz; me empacho fácilmente.

8. ¿Qué influencia cree que pueden haber ocasionado ciertos fenómenos sociales (como la publicidad o las redes sociales) en el actual boom del aforismo?

Espero que ninguna. Me gustaría pensar que la dimensión moral –ferozmente escéptica e individualista– del aforismo se enfrenta de cara a los clichés publicitarios y a la inflación del yo y la tontería de las redes sociales. Hay greguerías y juegos de palabras que pueden, tal vez, reutilizarse en lemas publicitarios, pero el aforismo es otra cosa.

9. ¿Qué virtud y qué peligro puede tener el aforismo respecto a otros géneros literarios?

Creo que ya hemos enumerado las virtudes del aforismo: su carácter libertario, irreducible a normas y sistemas; su capacidad para moverse libremente y surgir cuando menos se le espera. Quizá el gran peligro del aforismo consista en pensar que todo

se puede pensar con él, o a su manera. También hay un pensar que depende de la sintaxis y la articulación, del merodeo más o menos sistemático. No se puede estar saltando todo el tiempo. El abuso del aforismo conduce a la trivialización, tanto del género como del pensamiento mismo.

10. Para terminar, obséquieme con un aforismo inédito, nunca antes publicado en ningún otro sitio.

"Sí, algunos no dejamos de tropezar en la misma piedra, pero siempre con la esperanza de salir rebotados a un lugar más interesante".

CARMEN CAMACHO

1. ¿Recuerda cuándo empezó a escribir a aforismos de una forma consciente, es decir, comprometida con el género en cuanto autora?

Durante mucho tiempo caminé por la línea que separa el darse cuenta del no saber sabiendo, aunque creo que en el fondo siempre supe que aquellas notas al margen que practicaba de continuo podían tener por sí mismas entidad, no eran tan residuales, me daban la vida en gran manera. Eso ya de por sí me interesaba, me interesa, de toda creación. La plena consciencia de lo que estaba haciendo llega en el momento en que comienzo a reunir y ordenar mis aforismos y contra-aforismos (hablaré de ambos, pues en mi obra se dan ambas prácticas de vuelo y aterrizaje) y a publicar conjuntos de ellos. Esas primeras publicaciones, en fanzines y hojas volanderas, fueron tempranas, en mi época universitaria en Madrid. La buena acogida de aquellas brevedades entre las amistades letraheridas con las que caminaba por entonces me sirvió de mucho aliento para continuar atrapando aquellos fogonazos y haciéndoles tomar cierto cuerpo.

2. ¿Cuál es su método de creación y composición de aforismos? ¿Los corrige de forma concienzuda, o prefiere respetar la primera intuición?

Combino distintas vías de acceso y escritura, pues no todos estos textos tienen la misma condición y naturaleza. Los hay que son hallazgo inmediato, que proceden de la libertad asociativa, del extrañamiento, del juego, el fuego y el asombro que provoca un fragmento de belleza. Por lo común, estos suelen ser de corte poético y se han de cazar al vuelo: si los dejas escapar,

se van por el desagüe de la ducha para nunca volver. Estos suelen nacer ya cabalgando, y lo mejor que puede hacer una es no meterse, o no demasiado, con ellos. Acaso mejoras, pero preservando por entero la cepa. No la toques más que así es el ascua.

Otros, en cambio, son el remate o el regate de un pensamiento o emoción, y dejarlos escritos requieren una labor similar a la de componer el mecanismo de un pequeño reloj de pulsera. Escribirlos generan el placer de lo minucioso y de lo que tiene varias vueltas de tuerca. Entre una y otra suerte de aforismos y contra-aforismos hay un camino interesante de aprehensión y depuración, que una va modulando en virtud de lo que el propio pensamiento, emoción y lenguaje va pidiendo.

3. ¿Cuáles son sus aforistas de cabecera?

No podría mencionar a cada uno, a cada una, y nombrar solo a algunos sería desmerecer al resto de mis luces sagradas en el territorio –sin vallar– de los aforismos y las breverías. Me declaro una apasionada de este tipo de escrituras, y cada vez que descubro una nueva voz –o voces tal vez consolidadas que no conocía– lo celebro y mucho. Por eso, de mis contemporáneos, preferiría destacar, más que la cabecera, mis nuevos descubrimientos: Abdelmajid Benjelloun o Isabel Mellado han sido dos de esos recientes festines de la delicia.

De la tradición, en mis altares tengo varios y pintos santos del aforismo y la brevería genial: José Bergamín, Carlos Edmundo de Ory, Cioran, Ramón, Juan Ramón… De nuevo: imposible enumerar sin cometer una injusticia.

4. Dígame su aforismo favorito, aquel que envidia no haber escrito usted.

Me moriría de pena si tuviera un aforismo favorito. No me es posible tener un predilecto, ni siquiera podría, sin cometer un profundo acto de infidelidad, traer uno que me hiciera salir airosa de esta pregunta. Tengo miles de favoritos, y van cambiando y girando y creciendo y tatuándose, incluso yéndose… Sospecho que alguno que otro me alegra el día desde mi dentro, sin ni yo saberlo, o no del todo.

Estoy llena de aforismos y contra-aforismos, son metralla interna que dan valor y alcance al explosivo en el que se convierte cualquiera que busque de veras hacer uso libre y descondicionado de la conciencia.

5. ¿Recuerda el mejor aforismo sobre el aforismo que haya leído?

De nuevo me tendría que aludir a mejores, nunca al mejor. En el número de Ínsula dedicado al aforismo español del siglo XX, Erika Martínez nos invitó a una serie de aforistas practicantes a dar una poética de la cosa. Al punto de esta pregunta se me han venido a la cabeza algunos meta-aforismos que allí leí entonces. Traigo dos de ellos, de Andrés Neuman: "El aforismo llega después y entonces de anticipa". "Cambiar de tema puede ser revolucionario".

6. ¿Qué lugar ocupa el aforismo en su actividad creadora, respecto a otros géneros?

Bastante destacado. Aunque solo he publicado hasta el momento un libro de aforismos y contra-aforismos –con grandísima suerte, pues ha conocido dos ediciones– todos mis libros sin excepción están atravesados de "minimás", que pertenecen al mismo paño de los otros textos que incluyo; hacen de hilván, o algo así. Los cuadernos que me acompañan a todos lados y en los que tomo mis notas al vuelo están plagados de minimás, la

más de las veces de esas que hay que cazar al momento. Muchas de las reflexiones –de corte poético, generalmente– que realizo toman cuerpo de fragmento y en no pocas ocasiones de aforismo poético. Actualmente me encuentro en el proceso, largo para mí, de concepción de un libro de aforismos.

7. ¿Cree que se está produciendo en España cierta burbuja aforística?

No lo creo así, celebro de hecho que se esté impulsando la práctica de estas escrituras, que en muchas ocasiones a los propios escritores se nos antojan residuales en el conjunto de nuestra propia obra, como si no tuvieran importancia, y como digo la realidad profunda suele ser toda la contraria. Creo que incentivar la creación de aforismos y contra-aforismos sanea además la práctica de pensar y sentipensar y dejarse decir de forma descondicionada, rica, libre, exacta. Nunca estará de más fomentar, realizar o celebrar este tipo de escrituras. Eso no quita obviamente de que haya aforistas mejores y peores, e iniciativas más cabales que otras, como sucede en cualquier ámbito de la creación. Celebro el auge actual del aforismo y otras formas breves. De ello saldrán no solo autores, sino lectores con paladar y capacidad de discernimiento.

8. ¿Qué influencia cree que pueden haber ocasionado ciertos fenómenos sociales (como la publicidad o las redes sociales) en el actual boom del aforismo?

Yo destacaría más bien, de entre los fenómenos, el cambio en los soportes, formas y tiempos de lectura. De cualquier modo, el boom en este ámbito no lo es en términos de éxito editorial o moda insustancial, no al menos lo que de bueno puede palparse. Considero que la lectura de aforismos, como la de poesía, suele ser minoritaria, se dirige a un público exigente al que,

quienes escribimos aforismos y contra-aforismos, también le exigimos cierta predisposición, atención y parte activa, ya que el aforismo solo se completa cuando participa en él la inteligencia y sensibilidad de quien lo lee. Dicho en otras palabras, los formatos y soportes se hacen más ágiles, pero las lecturas continúan siendo para una minoría, por suerte cada vez más amplia. También destacaría algunos estudios concienzudos, como el de José Ramón González, publicado hace unos años en Trea, o los monográficos dedicados en algunas prestigiosas revistas. Y el primor editorial de ciertas casas, que están dedicándole atención a este tipo de escrituras que, insisto, no suelen ser precisamente "bestsellers" ni dirigidas a un público acomodaticio. No creo que ningún editor en su sano juicio piense en forrarse publicando aforismos. Ni ningún autor escribiéndolos, claro. Destacaría también iniciativas de fomento como la convocatoria del Premio Internacional de Aforismos José Bergamín. Si estos fenómenos consiguen, al menos, que los propios escritores entendamos que no es minucia ni calderilla sino algo delicado y digno de consideración algunos de estos pequeños-grandes textos y su trabajarlos, nada de este esfuerzo habrá sido en vano.

9. ¿Qué virtud y qué peligro puede tener el aforismo respecto a otros géneros literarios?

Lo pequeño se ve más, con sus virtudes y peligros. En un aforismo o contra-aforismo una se la juega mucho más que en una parrafada. Y ese es además, para quien los escribe, su atractivo: jugar y jugársela. Así, a algunas "virtudes" de los aforismos se les puede responder con su correspondiente "peligro". Un aforismo o una brevería, en este caso da igual su naturaleza, o es un organismo precioso y preciso o mejor tirarlo a la basura y empezar de nuevo. O dedicarse a otra cosa.

Nada más astrigente que un mal aforismo o que una brevería que no vuele. Un buen aforismo da la vida, uno malo te puede matar de lleno.

10. Para terminar, obséquieme con un aforismo inédito, nunca antes publicado en ningún otro sitio.

Pues creo que a la razón de la última respuesta me acaba de salir uno, aproximado aún, pero lo dejo aquí en esbozo: "Colonizar las acepciones de tiro de gracia, de golpe de misericordia. Regalárselas al aforismo".

ELÍAS MORO

1. ¿Recuerda cuándo empezó a escribir aforismos de una forma consciente, es decir, comprometido con el género en cuanto autor?

No sabría precisar una fecha, pero haciendo memoria yo diría que hará unos quince años, cuando empecé el acopio, acarreo y reposo de los materiales que acabarían dando forma al dietario *El juego de la taba*. En sus páginas pueden espigarse los primeros textos de ese cariz que considero como tales. Sí es cierto que desde entonces los aforismos nunca han estado ausentes en lo que he ido escribiendo y que, en los últimos tiempos, su redacción se ha incrementado de manera significativa.

2. ¿Cuál es su método de creación y composición de aforismos? ¿Los corrige de forma concienzuda, o prefiere respetar la primera intuición?

Reflexión tras la intuición y corrección de su escritura tras un razonable decantamiento me parecen los pasos imprescindibles para dar forma a un buen aforismo. Y así y todo, uno nunca está seguro de haber dicho de la mejor manera aquello que quería decir.

3. ¿Cuáles son sus aforistas de cabecera?

Mencionaré al polaco Lec, al colombiano Gómez Dávila y, entre los actuales cultivadores del género, a nuestro paisano Ramón Eder. Pero igual podría citar a Pessoa, a Edmundo de Ory, a Max Aub, a Lichtenberg, a Kraus o Cioran… Autores, entre otros, que he leído con verdadero placer y me gustaría pensar que también con cierto provecho.

4. Dígame su aforismo favorito, aquel que envidia no haber escrito usted.

Esta respuesta equivaldría a encontrar la aguja en el pajar, algo bastante improbable a menos que el azar y la fortuna intervengan mano a mano en la búsqueda. Sí puedo decir que desde que la leí, esta atinadísima reflexión del citado Eder no se me va de la cabeza: "Sin compasión no hay cordura".

5. ¿Recuerda el mejor aforismo sobre el aforismo que haya leído?

No dudo de la existencia de excelentes textos "metaaforísticos", pero si he de ser sincero ahora mismo no acude ninguno a mi mente.

6. ¿Qué lugar ocupa el aforismo en su actividad creadora, respecto a otros géneros?

No es para mí un género ni exclusivo ni excluyente; se mezcla sin problema en mi modesta labor literaria tanto con la poesía como con los microrrelatos, los apuntes de la observación cotidiana, las greguerías…

7. ¿Cree que se está produciendo en España cierta burbuja aforística?

Pudiera parecerlo en cuanto a que su presencia mediática es bastante más notable que antes; no así, creo, en cuanto a su creación. La prueba está en esa misma presencia editorial, que nos ha permitido conocer a jóvenes autores (Camacho, Neuman, García Clemente) que practican esta suerte literaria con verdadera fortuna.

8. ¿Qué influencia cree que pueden haber ocasionado ciertos fenómenos sociales (como la publicidad o las redes sociales) en el actual boom del aforismo?

Es posible que la inmediatez y premura que esos soportes permiten e incluso fomentan, hayan contribuido a hacerlo más visible para el público en general, pero no olvidemos que este género de escritura ya lo llevaban a cabo, y en buena medida de manera todavía no superada, los clásicos griegos y latinos o los moralistas franceses del XVII y XVIII (La Rochefoucauld, Pascal, Voltaire…). Ahora, me parece, acaso por esa premura que antes decía y que en sí misma soslaya, cuando no excluye, la debida reflexión, hay bastante más paja que grano.

9. ¿Qué virtud y qué peligro puede tener el aforismo respecto a otros géneros literarios?

La virtud de la brevedad, el peligro de lo insustancial.

10. Para terminar, obséquieme con un aforismo inédito, nunca antes publicado en ningún otro sitio.

"Como sigamos cortando por lo sano, vamos a quedarnos en un patético muñón".

RICARDO DE LA FUENTE

Ricardo de la Fuente (Sacramenia, Segovia, 1956) es catedrático de Sanidad Animal en la Universidad Complutense de Madrid, donde se licenció y doctoró. Ganó el IV Premio Internacional de Aforismos José Bergamín con su libro *Andar en la niebla* (Cuadernos del Vigía, 2017).

1. ¿Recuerda cuándo empezó a escribir aforismos de una forma consciente, es decir, comprometido con el género en cuanto autor?

En diciembre de 2015, pronto hará tres años. Vengo de la ciencia y soy de vocación escritora, que no lectora, tardía. Mi llegada al aforismo fue desde la ficción más escueta, los microrrelatos de sólo una frase.

2. ¿Cuál es su método de creación y composición de aforismos? ¿Los corrige de forma concienzuda, o prefiere respetar la primera intuición?

Creo que como en todo cultivador del género, los hay de los dos tipos, los que nacen como una iluminación súbita acabados y los que surgen de un esbozo de idea que es preciso pulir, a veces hasta la obsesión en mi caso. Las ideas las trabajo escribiendo porque, como bien se ha dicho, la escritura alimenta y fermenta la reflexión. Supongo que lo que varía entre autores es la proporción de unos y otros. A mí los primeros me visitan poco, o sea, que el dicho de que el aforista no busca, encuentra, me encaja sólo en pequeña medida.

3. ¿Cuáles son sus aforistas de cabecera?

Más que aforistas de cabecera, hablaría de autores a los que uno ha vuelto o sabe que volverá: Lichtenberg, Jules Renard, Cioran, Porchia, Canetti, Gómez Dávila, Vicente Nuñez, Carlos Pujol. También releo a aforistas actuales, pero en este caso prefiero no hacer un listado.

4. Dígame su aforismo preferido, aquél que envidia no haber escrito usted.

Se me hace imposible elegir sólo uno, y creo que tendría el mismo problema si se me pidiese una cincuentena. Para no esquivar la pregunta citaré cuatro que ya quisiera haber escrito, dos de autores clásicos y dos de aforistas españoles contemporáneos: "Un Dios amenaza siempre en el horizonte" (Emil Cioran), "He construido castillos en el aire tan hermosos que me conformo con las ruinas" (Jules Renard), "Qué tolerantes nos vuelve la vanidad, aceptamos los elogios de cualquiera" (Jordi Doce) y "Me gusta la rima de cicatriz con olvido" (Carmen Canet).

5. ¿Recuerda el mejor aforismo sobre el aforismo que haya leído?

Obviando el clásico de "media verdad o verdad y media" de Karl Kraus, elegiría este de Arthur Schnitzler: "Mal aforismo es aquel ante el que una persona inteligente no piense: eso mismo, o lo contrario, se me ha ocurrido a mí también alguna vez".

6. ¿Qué lugar ocupa el aforismo en su actividad creadora respecto a otros géneros?

Sólo escribo aforismos y cuentos o relatos cortos. Los primeros ocupan un lugar central, y su composición se adapta bien a la discontinuidad del tiempo de que dispongo para escribir.

7. ¿Cree que se está produciendo en España cierta burbuja aforística?

Antes de dar mi opinión, querría descargar la parte peyorativa que pueda tener la palabra burbuja en este contexto. Es innegable que en los últimos años ha habido un aumento significativo en la producción y publicación de aforismos, que bienvenido sea, siempre que no suponga una rebaja en la calidad. Un reto que debería ir asociado es ganar nuevos lectores para el género.

8. ¿Qué influencia cree que pueden haber ocasionado ciertos fenómenos sociales (como la publicidad o las redes sociales) en el actual boom del aforismo?

Hay publicaciones que hablan de esa influencia, pero es una pregunta para estudiosos y expertos que supongo puede contestarse con datos, puesto que ya hay experiencia suficiente para analizarlo con perspectiva. En ese análisis me preocupa también la posible influencia negativa sobre el género breve de un uso inapropiado o abusivo de las nuevas tecnologías, que le lleve a caer en lo trivial.

9. ¿Qué virtud y qué peligro puede tener el aforismo respecto a otros géneros literarios?

Su virtud intrínseca es la concisión, lo que dados los hábitos de comunicación y lectura actuales puede darle cierta ventaja frente a otros géneros. Su peligro mayor, la banalización.

10. Para terminar, obséquieme con un aforismo inédito, nunca antes publicado en ningún otro sitio.

Por seguir con el género, selecciono este: “Patología perinatal del aforismo: abortados, prematuros, nacidos débiles, mortinatos y nacidos viejos”.

LEÓN MOLINA

1. ¿Recuerda cuándo empezó a escribir a aforismos de una forma conciente, es decir, comprometido con el género en cuanto autor?

De esa forma que dices no hace mucho, unos pocos años. Pero echando la vista atrás me doy cuenta de que en todo lo que he escrito siempre ha contado con un aliento aforístico latente. Por ejemplo, mi obsesión por conseguir un buen cierre para un poema ha hecho que con frecuencia el último o últimos versos del poema sean en realidad aforismos poeticos.

2. ¿Cuál es su método de creación y composición de aforismos? ¿Los corrige de forma concienzuda, o prefiere respetar la primera intuición?

Normalmente los escribo, los dejo reposar un poco y después en la relectura puede suceder que veas que es una birria (a mí me pasa con frecuencia) o que la idea es buena pero la expresión no está redondeada (casi siempre porque sobran cosas), en cuyo caso lo intento arreglar. Si en la primera no lo consigo, repito el mismo proceso: birria sí, birria no y arreglo. Si en estas ya no se arregla, es que en efecto era una birria. Y lo tiro. Luego, por supuesto existe el caso menos frecuente de que cuando haces la primera relectura crees que la idea es buena y que está bien escrita. Ahí flotas un poco y lo dejas estar. Y por debajo de todo esto hay que saber que el aforismo comparte con la poesía el hecho de que idea y forma son indisolubles.

3. ¿Cuáles son sus aforistas de cabecera?

Entre otros muchos, Wallace Stevens, Joubert, Lichtenberg, Wagensberg y Ramón Eder.

4. Dígame su aforismo favorito, aquel que envidia no haber escrito usted.

Van a ser tres por lo menos. "La vida es una ficción basada en hechos reales", de Eder; "Los verdaderos problemas no tienen solución sino historia", de Gómez Dávila, y "Como todas las sustancias corrosivas, el ingenio y el humor tienen que utilizarse con cautela", de Lichtenberg. Y "La lengua es un ojo" de Stevens, cuatro.

5. ¿Recuerda el mejor aforismo sobre el aforismo que haya leído?

Creo que indirectamente este de Stevens: "A la larga, la verdad no importa".

6. ¿Qué lugar ocupa el aforismo en su actividad creadora, respecto a otros géneros?

Yo solo escribo poesía y aforismos. El aforismo ocupa uno de esos dos lugares. A veces, los dos.

7. ¿Cree que se está produciendo en España cierta burbuja aforística?

Ese término en boga procede de la invasión de conceptos económicos en el habla vulgar. ¿Quiere usted decir que si se escriben muchos aforismos? La respuesta sería que sí, más que nunca. Eso supone que habrá mucho malo. Y bueno también, ¿por qué habrían de ser demasiados?

8. ¿Qué influencia cree que pueden haber ocasionado ciertos fenómenos sociales (como la publicidad o las redes sociales) en el actual boom del aforismo?

No tengo ni idea.

9. ¿Qué virtud y qué peligro puede tener el aforismo respecto a otros géneros literarios?

Respecto a otros géneros no lo sé. No tiene por qué compararse. Respecto a sí mismo evidentemente es la concisión, que es un filo.

10. Para terminar, obséquieme con un aforismo inédito, nunca antes publicado en ningún otro sitio.

“La memoria husmea como alimaña hambrienta las debilidades de la edad”.

DE POETAS A AFORISTAS

(El Aforista)

ANA PÉREZ CAÑAMARES

Ana Pérez Cañamares (Santa Cruz de Tenerife, 1968). Reside en Madrid. Licenciada en Filología Hispánica por la Universidad Complutense de Madrid, su carrera poética empieza con *La alambrada de mi boca* (2007), y prosigue con *Alfabeto de cicatrices*. En 2013 su poemario *Las sumas y los restos* fue V Premio de Poesía Blas de Otero. Su último libro, dedicado al género de los aforismos, se llama *Ley de conservación del momento* (2016).

–Ana, ¿cuándo empezaste a escribir aforismos?

Primera gran duda: ¿empecé yo a cultivar el aforismo conscientemente? Para mí, el aforismo empezó con esos tuits o estados de Facebook por los que de repente sentí pena al pensar que serían arrastrados por la actualidad ávida y cruel... No puedo recordar la primera vez que sentí que aquella frase valía para hoy y también para mañana e incluso para antes de ayer, por lo cual quizá su lugar no era sólo ese recuadro al que otros muchos van desplazando hasta perderse en la incesante marea de información. Pero decidí darle otro nombre, el nombre que la salvaba de perecer al poco de nacer, y al llamarla "aforismo" la rescaté.

O quizá puede que el primer aforismo viniera con ese verso que se resiste a ser poema. El verso que no encaja, que no pertenece, que se resiste a desarrollarse, a inflar su potencia y su ego. El verso humilde que dice: "no sabes decir más, no lo puedes decir mejor, aquí está todo lo que querías decir". O el verso arrogante que dice: "Yo me basto solo. Déjame, que yo me sostengo sin más compañía".

Otra tercera posibilidad: que el aforismo surgiera como respuesta en los márgenes a otros aforismos. Que fuera lo que sigue a un sí, pero, o a un también puede ser que...

–En tu calidad de poeta con una trayectoria a tus espaldas, ¿qué supone el aforismo como género?

Para mí, como poeta, el aforismo es la tentación de callarse a la que una no se niega. La posibilidad de ser rotunda, o discreta, o sugerente. Lo que es cierto es que el aforismo, cuando me deja a gusto, nace de la confianza y la refuerza.

Tengo la duda de si es mayor la ambición cuando se escribe un poema o cuando se escribe un aforismo. A mí me permite distintos tonos, distintos grados de afirmación, distintas proporciones de lo lírico y lo filosófico. Lo breve, además, me permite mejor el látigo de la ironía, del humor, que me resultan más difíciles de sostener a lo largo de un texto más largo.

–¿Qué te aporta un poeta y qué un aforismo que no los haga intercambiables?

Creo que en la poesía me desnudo más y la duda es piel. En el aforismo me permito cubrirme con el disfraz de la apuesta, de la aseveración, que quizá parece más rotundo si se lee un solo aforismo que si se lee un grupo de ellos, porque en cada uno matizo, amplío, me contradigo... En la poesía quizá soy más humilde y tentativa, en el aforismo arriesgo y me pongo más chula... En cualquier caso, aspiro a ser capaz tanto en un género como en otro de dejar espacio al lector para seguir aportando, construyendo la idea o la intuición.

–¿Qué afinidad ves entre ambos géneros, no tanto desde un plano teórico sino desde tu perspectiva personal como escritora?

Hay algo que me gusta mucho en los dos géneros y es reescribir. En ambos busco la precisión, alejarme como autora para volverme lectora y luego volver como ambas para tachar, afilar, profundizar. Con el aforismo tengo en la cabeza la imagen de fabricar flechas, con la economía y austeridad de medios siempre presentes para que su vuelo sea más lejano, liviano y exacto. En este sentido, creo que cuando practico un género, estoy aprendiendo también para el otro. Ambos son distintas estrategias para jugar el mismo juego. Con el aforismo practico la certeza que oculta la duda; con la poesía, lo contrario (o más que contrario, complementario). El poema es visión que se alarga y se alimenta para que ilumine en derredor; el aforismo es deslumbramiento al que se le quita la comida de la boca para que se quede en rayo.

RAQUEL VÁZQUEZ

Raquel Vázquez (Lugo, 1990) es licenciada en Filología Hispánica por la Universidad de Santiago de Compostela y Máster en Profesorado de Educación Secundaria y Bachillerato. Ha publicado los libros de poesía *Por el envés del tiempo* (2011), *Pinacoteca de los sueños rotos* (2012), *Luna turbia* (2013) y *Si el neón no basta* (2015), entre otros. Ha sido incluida en la antología de mujeres aforistas *Bajo el signo de Atenea* (2017).

–¿Cuándo empezaste a escribir aforismos?

De manera consciente hace sólo dos años, en el verano de 2016. Como lectora llevaba ya tiempo siendo aficionada a los aforismos, y tratando de dar noticia de las publicaciones de este género a través del blog de microformas *Documenta minima*, que llevo con Francisco Rodríguez Coloma. Pero hasta entonces no tenía más que algunos tuits, estados de Facebook, anotaciones en un diario, apuntes para posibles poemas… No eran exactamente aforismos pero tal vez, si los trabajaba, podrían llegar a serlo. Oportunamente, presté atención al premio que convoca cada año la editorial Cuadernos del Vigía, el José Bergamín, y me atrajo el reto de escribir un libro de aforismos para aquel otoño. Los premios suelen funcionarme bien como acicate, ya que marcan una fecha y un objetivo. Aunque no llegué a ganar el premio, al menos sí me permitió dar un paso importante: tener un primer borrador, que he ido trabajando desde entonces mientras sigo aprendiendo el oficio del género.

–En tu calidad de poeta con una trayectoria a tus espaldas, ¿qué supone el aforismo como género?

Supone explorar un nuevo territorio, con sus propias reglas y que a su vez limita con otros géneros, entre los que destaca el espacio fronterizo que mantiene con la poesía. En esa intersección se establece un diálogo en el que se cuestionan y enriquecen recíprocamente. Algunas ideas, intuiciones, puede que en un primer momento no encajen en (no sepa darles todavía) forma de poema. Pero esa intuición queda anotada. Y quizá desde el principio eso fuera ya un aforismo, que se ha valido de cierto bagaje poético para alcanzar el final de su viaje.

–¿Qué te aporta un poema y qué un aforismo que no los haga intercambiables?

Los aforismos admiten sustratos de otros géneros (narrativa, ensayo filosófico, etc.) que un poema difícilmente soporta, y que con frecuencia rechaza. Un poema, por su parte, no sólo tiene una extensión variable sino también su propio *tempo*, necesita desplegarse, sugerir y contenerse con un ritmo y una cadencia intrínseca al texto. El aforismo consistiría en un acorde, abierto a todo eclecticismo (jazz, pop, clásica) mientras que el poema sería una pieza musical en sí misma, con su estilo propio y sus reglas de composición.

–¿Qué afinidad ves entre ambos géneros, no tanto desde un plano teórico sino desde tu perspectiva personal como escritora?

Comparten un gran número de rasgos: el cuidado formal, la contención, la sugerencia. Ambos necesitan encontrar su propia música a la vez que juegan con la seducción del silencio. Personalmente, tiendo a buscar –porque también es lo que más me llena como lectora– finales lapidarios en los poemas que escribo, por lo que el modo en que construyo un aforismo y una última estrofa es similar. Distintos factores –desde la conside-

ración de autonomía y compleción del texto hasta cierto preentimiento o intuición– me llevan a decidir si lo que he escrito funciona y basta como aforismo, o si podría llegar a ser un poema que comienza a asomarse, y toca adentrarse a buscarlo.

KARLOS LINAZASORO

Karlos Linazasoro (Tolosa, 1962) es licenciado en filología vasca y bibliotecario de profesión. Ha cultivado, en euskera, casi todos los géneros literarios: literatura infantil y juvenil, narrativa, teatro, poesía y periodismo. En castellano ha editado, entre otros, los libros *Depósito ilegal* (2006) y los haikus de *Todo lo adentro* (2018). En el ámbito aforístico, ha publicado *Lo que no está escrito* (2010) y *Nunca mejor dicho* (2015).

–¿Cuándo empezaste a escribir aforismos?

Entre 1998-2001 recogí mis primeros aforismos, que salieron en libro en 2003.

–En tu calidad de poeta con una trayectoria a tus espaldas, ¿qué supone el aforismo como género?

A mí el aforismo me ofrece capacidad de síntesis, de pensar por lo breve, de estar siempre alerta, de calmar mis obsesivas ganas de escribir, de saciar mi ironía y de jugar con el lenguaje como si fuera un malabarista, de criticar con sarcasmo todo lo que no me gusta. En fin, me ofrece la felicidad de estar vivo y en el mundo.

–¿Qué te aporta un poeta y qué un aforismo que no los haga intercambiables?

Leí a Cristóbal Serra, quien me aficionó como nadie a esto del aforismo, que el aforismo es poesía que ha pasado de un estado líquido a un estado sólido. Es decir, que el aforismo es poesía solidificada. Creo que es una explicación muy acertada. Yo pienso que un aforismo puede ser un poema, puede contener

mucha carga lírica, pero al revés lo veo más difícil. El poema exige más pausa, más profundidad, más trabajo, también más inspiración y experiencia... Tienen mucho en común, como la brevedad, la búsqueda de la esencia y del misterio, la mirada, la erudición..., pero creo que el fondo y la forma que utilizan para expresarse son diferentes, aunque los dos procedan de la misma raíz.

–¿Qué afinidad ves entre ambos géneros, no tanto desde un plano teórico sino desde tu perspectiva personal como escritor?

Yo puedo escribir un aforismo todos los días, pero un poema, no. Son diferentes estados de conciencia, diferente humor, diferente pulsión y ánimo. En mi caso, no son intercambiables, más bien creo que no son vasos comunicantes. Tampoco es igual el fin que persigo: el aforismo es muchas veces algo lúdico, algo que es como un chispazo, ingenioso, irónico, cruel, vehemente, crítico, mordaz, más ligado a la realidad del momento, un pensamiento breve, filosófico... El poema persigue otra cosa, algo más tras- y transcendental, que no sé lo que es. Si lo supiera, ay, seguro que dejaba de escribir.

MIGUEL COBO ROSA

Miguel Cobo Rosa (Torreperogil, Jaén, 1949), maestro de profesión, ha ejercido su labor docente en diversos colegios de la provincia de Jaén y en Córdoba desde 1976, hasta su jubilación en 2010. Casi toda su producción la ha reunido en su blog *Riografía*. Ha publicado el poemario *Manual de insomnios* (2015) y el libro de aforismos *Tautogramas* (2018).

–¿Cuándo empezaste a escribir aforismos?

–No sabría decir con exactitud cuándo empecé, ni si se trataba exactamente de aforismos. Tal vez en clase, jugando con mis alumnos a desarrollar su creatividad (y de paso, la mía) con greguerías, calambures, tautogramas y toda clase de "ludismos". Otra cosa sería tratar de rastrear los orígenes de esta afición por el género breve. A saber: las referidas greguerías de Ramón Gómez de la Serna que encontraba en las páginas del ABC que leía con fruición durante mi adolescencia. Y, más tarde, las sentencias de Séneca que ilustraban los azulejos que alicataban los bancos de una preciosa glorieta de los Jardines de Agricultura, en Córdoba, los cuales se perdieron tras alguna "moderna" remodelación. Sin olvidar las lapidarias frases de mi abuelo Juan Manuel, el electricista, como aquella con la que nos animaba –siendo muy niños mi hermano y yo– cuando afrontábamos algún "peligro" durante nuestras excursiones por el campo: "Tú no tengas miedo, que yo estoy cagao". Es lo que Manuel Rivas llama "la boca de la literatura".

–En tu calidad de poeta con una trayectoria a tus espaldas, ¿qué supone el aforismo como género?

Creo que existe una íntima relación entre poema y aforismo. Esa conexión la encuentro nítida en la obra de Antonio Machado, que tanto influyó en mis primeros poemas juveniles. Sus *Proverbios y cantares* son un claro ejemplo en el que ambos géneros aparecen entreverados. Palabra y pensamiento cristalizados en una macla diamantina.

–¿Qué te aporta un poema y qué un aforismo que no los haga intercambiables?

Creo que en el poema predomina el sentimiento, la musicalidad, la emoción, la imagen. Por su parte, en el aforismo aflora –sin descartar cierta luz lírica– el concepto, la idea, la sentencia. En definitiva, su pulsión didáctica.

–¿Qué afinidad ves entre ambos géneros, no tanto desde un plano teórico sino desde tu perspectiva personal como escritor?

La palabra, como elemento esencial y primigenio, en ambos. No sólo por su significante y significado saussureanos, ni por su definición académica, ni aun por su etimología, sino por su "virginidad"; por su potencial creativo y metafórico. La palabra como diamante en bruto en el que descubrir nuevas imágenes, sensaciones, sonidos e ideas. Y a partir de ahí, su virtualidad metafórica y polisémica.

ERIKA MARTÍNEZ

Erika Martínez (1979) es doctora en Filología Hispánica y licenciada en Teoría de la Literatura. Con su primer libro, *Color carne* (2009), obtuvo el Premio de Poesía Joven Radio Nacional de España. Su segundo poemario, *El falso techo* (2013), fue escogido como uno de los cinco mejores del año por los críticos de El Cultural. Su libro más reciente es *Chocar con algo* (2017). Como aforista es autora de *Lenguaraz* (2011) y ha sido incluida en las antologías *Pensar por lo breve. Aforística española de entresiglos* (2013), *L'aforisma in Spagna* (2014) y *Bajo el signo de Atenea* (2017). Actualmente es profesora de literatura hispanoamericana en la Universidad de Granada.

–¿Cuándo empezaste a escribir aforismos?

Empecé a escribir aforismos después de leer los *Adagia*, de Wallace Stevens, a Cioran y a Antonio Porchia. Me recuerdo haciéndolo de forma esporádica y por divertimento mientras me doctoraba, así que entre 2004 y 2008. De hecho, el primer libro que di por cerrado en mi vida no fue de poemas sino de aforismos, a pesar de que ahora casi escriba solo poesía.

–En tu calidad de poeta con una trayectoria a tus espaldas, ¿qué supone el aforismo como género?

Desde un punto de vista estrictamente personal, puedo decir que supone concisión, atrevimiento, abstracción e imagen. Un aforismo es, para mí, una idea con su vuelo.

–¿Qué te aporta un poema y qué un aforismo que no los haga intercambiables?

Quizás me plantearía las diferencias entre ambos géneros como una intensificación de ciertos rasgos: en la poesía parece imponerse el elemento imaginario y musical, mientras que en el aforismo prevalece el carácter filosófico (metafísico, lógico, ético, epistemológico, estético, etc.), aunque sea de una forma asistemática. Eso no quiere decir que no haya poemas gnoseológicos o aforismos que piensan a través de la imagen, claro. Es como si el poema estuviera en un extremo de la recta y fuera graduándose hasta llegar, en el otro extremo, al aforismo. Quizás lo que haya en el centro exacto sea la epifanía.

–¿Qué afinidad ves entre ambos géneros, no tanto desde un plano teórico sino desde tu perspectiva personal como escritora?

La poesía satírica y moral se cruza, sin duda, con la tradición de las máximas. Además, hay una poesía de índole metafísica y conceptual que también comparte mucho con el aforismo. Los fragmentos son casi siempre bicefálicos. Por no hablar de esa serie de géneros misceláneos tan de la vanguardia como las greguerías. En ese sentido se podría decir que escritores como Gracián y Quevedo, Juarroz y Porchia, Moreno Villa y Gómez de la Serna conforman una comunidad, por poner tan solo algunos ejemplos. Al margen de eso, la poesía que me interesa trabaja con nuestra precariedad subjetiva y el aforismo, con la precariedad de la idea.

CULTURAMAS

SERGIO GARCÍA CLEMENTE

Sergio García Clemente (Santa Cruz de Tenerife, 1974) es uno de los aforistas más relevantes de los que actualmente escriben en España. En 2013 obtuvo el I Premio Internacional José Bergamín de Aforismos por la obra *Dar que pensar* (Cuadernos del Vigía, 2014). Ha sido incluido en las antologías *Aforismos contantes y sonantes* (Letras Cascabeleras, 2016), *Verdad y media* (La Isla de Siltolá, 2017) y *Concisos* (Cuadernos del Laberinto, 2017). El mismo año publicó su segundo libro de aforismos, Mirar de reojo, también en Cuadernos del Vigía. Acaba de publicar en la colección Apeadero de Aforistas de Libros al Albur la antología de aforismos ajenos *Salvar la vida*, donde recopila aquellos que más le acompañan en los momentos difíciles.

–A propósito de la función medicinal del aforismo, ¿podrías profundizar en la idea de la literatura como bálsamo, como soporte vital en situaciones de apuro existencial?

Creo que la función medicinal de la literatura ha estado presente desde sus inicios. El hecho de contar una historia, volcar un sentimiento en palabras o comunicar los frutos del pensamiento realiza ya una función de catarsis nada desdeñable. Sin embargo, a mí no me interesa simplemente este hecho. Estamos hablando de literatura, en la que entran en juego muchos más factores que el simple desahogo. Por eso considero más relevante la recepción que se hace de un determinado texto, la conexión entre autor y lector. Este vínculo se puede manifestar de diferentes formas, pero una de las más gratificantes sucede cuando el lector se siente comprendido, expresado o incluso interpelado a través de las palabras que lee. Es en esa sensación recon-

fortante, tanto estética como sentimental, donde la literatura despliega sus funciones balsámicas.

–¿Qué autores te han acompañado con mayor frecuencia en los trances difíciles de tu vida?

Aquí tengo que destacar a Cioran y a Chantal Maillard. Sus universos alumbran ciertas perspectivas que hacen del mundo un lugar más transitable.

–¿Qué criterio utilizaste para seleccionar los autores incluidos en *Salvar la vida*?

El criterio fundamental consistió en que los textos fueran significativos para mí, que fueran parte indisoluble de mi pensamiento. Esta idea predominó incluso sobre la calidad, ya que muchos aforismos excelentes se quedaron fuera porque no noté esa identificación de la que hablo. Esto no quiere decir, por un lado, que en los textos incluidos en la antología prime únicamente el mensaje, ya que en muchísimas ocasiones es la forma la que provoca que un aforismo se quede con nosotros para siempre; y por otro, que los aforismos escogidos funcionen siempre como paliativo: hay también una cantidad considerable de textos que operan como reflejos de algunas certezas o intuiciones personales.

–Entre los aforistas españoles vivos, ¿detectas esa vocación de brindarse, y brindar al lector, un salvavidas en el naufragio, o se ha perdido esta dimensión farmacéutica de la literatura en nuestra época?

Como bien se dice en el prólogo de la antología, el lenguaje surgió, en cierto modo, como "fármaco universal" y esa vocación ha estado, está, y estará presente en la literatura mientras

perviva. No sé cuál es la intención que anima a escribir a mis coetáneos, pero sí puedo afirmar que la lectura de sus textos, como se comprueba en la antología, me produce mucho placer, incluida esa variante del mismo que es el consuelo.

–¿Crees que la llamada «literatura consolatoria», antaño reservada a los grandes sabios (pienso en los estoicos) y ahora en manos de los mercaderes del ego (libros de autoayuda), debe cumplir todavía una función social, o es algo de lo cual debemos precavernos?

Antes que el adjetivo "consolatoria" utilizas el término "literatura". La literatura, si es buena, siempre consuela. El problema radica en ciertas propuestas superficiales que se centran en ofrecer remedios fáciles y engañosos a problemas muy complejos. En esto, como en todo, es útil separar el grano de la paja y, desde luego, seguir apreciando todo el universo de aportaciones que nos proporcionan los buenos libros.

–¿Qué aforismo ajeno del que, en caso de apuro extremo, echarías mano para apaciguar tu mente y/o tu corazón?

Quizás este: "Sólo hay una cosa que hacer: rehacerse", de Paul Valéry.

–¿Y cuál de tu propia cosecha nos darías para consolarnos?

– Si lloras por lo perdido, las lágrimas no te dejarán ver lo que te queda por perder.

ANTONIO RIVERO TARAVILLO

Nacido en Melilla en 1963 y residente en Sevilla, Antonio Rivero Taravillo cuenta con una amplia trayectoria en el ámbito de la poesía, la biografía literaria, la traducción y el aforismo. En el género breve ha editado anteriormente *Vilanos por el aire* (La Isla de Siltolá), *Especulaciones ciegas* (Fundación Rafael Pérez Estrada) y *Vida en común* (Libros al Albur). *La orfandad de Orfeo,* que acaba de ver la luz dentro de la colección Gnomon publicada por Thémata Editorial, es su cuarto libro en este género y se organiza en cuatro secciones: literatura, vida, aforismo y ángeles. Son sus aforismos de carácter enjundioso, lúcido y penetrante, y en ellos se dan la mano la inteligencia y la piedad, combinación indisociable pues, como advirtió Ramón Eder, "sin compasión no hay cordura". En este libro hay mucha cordura, sentido común y capacidad de análisis, pero también ironía, empatía y solidaridad en la tormenta. Hablamos con el autor sobre todo ello.

–*La orfandad de Orfeo* es su cuarto libro de aforismos. A estas alturas, ¿se considera usted aforista a sí mismo, al igual que poeta o traductor? ¿O tan solo un poeta que escribe aforismos?

Hay quienes tienen de sí mismos una idea zoomorfa que en su visión egotista los asemeja a semidioses: águilas, leones. Yo me considero más bien un ciempiés: la pata de aforista es una más. Me sirve para dar pasos cortos, que a menudo son los más largos.

–¿Qué encontramos en su nuevo libro de aforismos que no hayamos leído ya en los anteriores?

Una nueva circunvalación de la espiral: cada vuelta es única y se acerca más al centro. Creo que cada vez me encuentro más cómodo en el género del aforismo. Creo que este es el mejor de los libros que he publicado en el género, el más completo.

– ¿Qué le da un buen aforismo que no le pueda proporcionar un poema mediocre?

La mala poesía puede disfrazarse con una prosodia correcta. Eso hace que muchos versificadores pasen por poetas aunque, efectivamente, sus creaciones sean mediocres. Una buena vaina puede disimular una espada roma, oxidada, sin filo. Ahora bien, un aforismo no se apoya en la medida o en la ordenación de las sílabas en tónicas o átonas: por ello va a cuerpo, sin funda que lo proteja. Se lo juega todo en lo que dice, con menor dependencia del cómo lo dice (o al menos, con no tanta supeditación al ritmo). Por eso, cuando es bueno, da una verdad desnuda que penetra, corta (y si es preciso amputa limpiamente) mucho mejor de lo que lo hacen unos versos mohosos. Por otra parte, en el poema busco más mi verdad; en el aforismo, una verdad ante la que puedan asentir todos.

–¿Considera que su bagaje como poeta le facilita la condensación lingüística que exige el aforismo?

Quiero creer que sí. El poema es un bote salvavidas del que hay que arrojar muchas cosas para que no se hunda. Más modesto, el aforismo es un flotador que se llena con el aire que le inspiramos, que ha de ser el justo: suficiente para que se mantenga a flote y pueda agarrarse a él el lector, pero no tan hinchado que explote. Por otra parte, el poeta ha de corregir, reordenar, no conformarse con la primera versión; esa disciplina favorece igualmente al aforismo.

–¿Escribe habitualmente aforismos? ¿A rachas? ¿Cuando le asaltan? ¿Cuál es su método, si lo tiene?

Rara vez los escribo de forma premeditada: surgen como el primer verso de un poema (que luego no necesariamente ocupa la posición inicial), de manera espontánea pero en el terreno abonado de la lectura y la reflexión. A menudo, dentro del tiesto de una red social. En ocasiones, sin embargo, escribo una serie como "Colección de ángeles" (una de las partes de *La orfandad de Orfeo*) abordando desde diferentes ángulos un mismo tema. Una vez se está en modo aforístico, la creatividad se desencadena. También (porque el aforismo, al igual que el poema, medita sobre sí mismo), una de las cuatro partes del libro se dedica al propio género.

–Por último, ¿podría decirnos cuál es el último buen aforismo que ha escrito, y que aún no se ha publicado?

No sé si será bueno, pero el último es este, rigurosamente inédito: "La prosa es la colmena; el poema, la abeja; el aforismo, el aguijón".

CARMEN CANET

Carmen Canet (Almería, 1955) es doctora en Filología Hispánica, profesora, ensayista y aforista. Es crítica literaria, labor que ejerce desde 1980. Actualmente colabora en Cuadernos del Sur del Diario de Córdoba, en Los Diablos Azules de InfoLibre, Turia, Quimera, entre otras. Ha sido incluida en varias antologías poéticas. En el ámbito de la escritura breve, ha publicado, entre otros libros, *Malabarismos* (2016), *Luciérnagas* (2018), *La brisa y la lava* (2019), *Olas* (2020) y *Legere, eligere (*2021), además de *Cóncavo y Convexo* (2019), escrito junto a Javier Bozalongo, e *Interruptores* (2022), junto a Ricardo Virtanen. Ha sido incluida en varias antologías: *Bajo el signo de Atenea. Diez aforistas de hoy* (2017), *Concisos. Aforistas españoles contemporáneos* (2017). *El cántaro a la fuente. Aforistas españoles para el siglo XXI* (2020), *Para una teoría del aforismo* (2020) o *Tierra de Aforistas. Andalucía y el género más breve (*2021). Además, es responsable de *Espigas en la era. Micropedia de aforistas españoles vivos* (2020), junto a Elías Moro. Dirige la Colección de Aforismos Altoaire, de la Editorial Libros del Aire.

–¿Cómo empezó su relación con el aforismo?

Mi relación comienza desde muy joven y yo no lo sabía. Cuando leía cuentos siempre encontraba frases que me gustaban, si eran míos los subrayaba, si no los copiaba en un cuaderno. Jugaba también con mis abuelos, ellos decían y sabían muchos refranes y les dábamos la vuelta. Mi pasión por las frases y citas fue temprana. En el instituto con 16 años gané un concurso de redacción y me dieron a elegir entre varios títulos y elegí sin saber, *El héroe. El Discreto. Oráculo manual y arte de prudencia*, una edición de bolsillo en castellano actualizado que me

fascinó aunque no comprendiera muchas cosas, incluso buscando esas palabras que no entendía en el diccionario. A propósito, los diccionarios con sus definiciones y acepciones siempre me fascinaron. En las clases de filosofía en el instituto comencé a interesarme por autores. También me pasó en las clases de latín y griego con los autores clásicos. En mi carrera docente que ha durado treinta y cinco años y que comenzó en el año 80. Siempre empezaba mis clases poniendo en la pizarra, una frase o un verso. En los exámenes y ejercicios siempre también comenzaban con una cita. Algunos alumnos achacaban, a veces, no haber podido terminar el examen porque la frase que les había puesto, les daba mucho que pensar y no les daba tiempo a finalizar el ejercicio (yo me sonreía). Este gusto me llevó más tarde a la lectura de los aforistas clásicos, entre otras lecturas, y de aquí luego a estudiarlos y así de manera natural a escribirlos a partir del 87. Sin embargo no los he publicado hasta la segunda decena del siglo XXI, cuando vi ya publicaciones de aforismos con frecuencia. Mis pensamientos, mis ideas, por no decir mi cabeza piensa desde siempre y recurrentemente de una manera selectiva, para expresar lo que quiero decir.

–¿Qué autores han influido en su propia forma de cultivar el género?

Baltasar Gracián fue el primer autor que cayó en mis manos, como ya he comentado. También la poesía me ha influido bastante. He escrito y escribo desde siempre poesía. Mis primeras lecturas fueron las *Rimas*, de Bécquer, *La canción del pirata*, de Espronceda, *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, de Neruda. El verano de terminar COU leí *El Quijote* y la riqueza de máximas que encontré fueron hallazgos para siempre. En la carrera, estudié Filología Hispánica, mis autores predilectos fueron Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, de la Generación del 27: Lorca, Cernuda, Salinas y Aleixandre

fueron mis preferidos. También Gil de Biedma, Ángel González. De la literatura latinoamercana, Jaime Sabines, Juan Rulfo, Jorge Luis Borges, Gabriel García Márquez, Juana de Ibarborou, Alfonsina Storni, Edelmira Agustini, me enseñaron mucho. En los años finales de la carrera fui descubriendo por recomendaciones las lecturas de mujeres: Rosalía de Castro, María Teresa León, Carmen Martín Gaite (comencé la tesis doctoral con esta autora, luego mi director de tesis y de tesina, por otras investigaciones y líneas de trabajo, la hice sobre el periodismo literario), entre otras. Así entre estas autoras encontraba frases y versos que apuntaba en mis libretas y en donde me reconocía.

Epicteto, Marco Aurelio, Montaigne, Nietzsche, Lichtenberg, Lec, Renard, los moralistas franceses, Oscar Wilde, Gómez de la Serna, Bergamín, Gómez Dávila, entre muchos, son mis maestros y sigo teniéndolos a mano. Luego descubrí a Gloria Fuertes, a Mariana Frenk-Westheim y a Dionisia García. Tengo un gran rincón en mi biblioteca dedicado al aforismo que siempre está desordenado del uso y de relecturas que tengo asiduamente. No solo tengo a los aforistas clásicos sino a numerosos autores actuales. Es mi género preferido.

–¿Es usted de los que pule el aforismo hasta que alcanza su forma consumada, o en su caso dicha elaboración se produce en el ámbito del pensamiento y no tanto de su expresión?

Sí, yo pulo y podo la idea hasta que queda como a mí me gusta, expresada de forma concisa y precisa. Incluso después de publicarlos, de nuevo, retoco por si hay una nueva reimpresión. Me gusta leerlos en voz alta, esta tarea de lectura, de elaboración, me parece esencial. Las idea, los pensamientos, cuando me tropiezo con ellos en la vida cotidiana los apunto siempre que puedo, por eso siempre salgo con una libreta a la calle, ahora también grabo en el móvil, pues es más rápido y no se me olvidan. En casa siempre hay cuadernos en todos los luga-

res que habito más. Por poner un ejemplo, en mi último libro *Telegramas*, contenía 600 aforismos en un primer momento que reduje a cuatrocientos, la mayoría desechados y otros guardados para poder pulir y trabajar en ellos.

–¿Cuál es su valoración de la llamada 'década prodigiosa' del aforismo español? ¿Con qué aspectos se queda y cuáles lamenta?

Es indiscutible que vivimos una época floreciente, diría feliz, para este género breve. Ahora bien, como ha pasado a lo largo de la historia, desde sus orígenes, el aforismo ha tenido siempre épocas fértiles, que yo siempre he dicho que coincidían con épocas de crisis, y también periodos tibios de estas formas breves. Actualmente la afluencia de autores, editores preocupados, las colecciones que se crean específicamente para éstos, la convocatoria de premios, los ensayos, estudios rigurosos que se publican dedicados al aforismo, así como antologías generales, particulares y temáticas, hacen que el desarrollo de estas formas concisas tengan este auge. Pero no todo vale, las redes sociales, como los tuits, han puesto una moda de lanzamiento de frases cortas que son espontaneidades sin rigor, instantaneidades ligeras y en su mayoría frívolas, expresando una inmediatez sin ninguna profundidad. Soy tan positiva que pienso que en las redes no todo es malo, ellas han difundido y procurado el lanzamiento y gusto por las frases, pero éstas en general no son aforismos como tales. Estas formas requieren un oficio, una base lectora importante para poder llegar a expresar de forma breve un pensamiento. La escritura en aforismo en la historia de todos los tiempos ha sido un signo de distinción. Pascal ya en el siglo XVII lo decía: "La negligencia consiste en escribir largo pudiendo hacerlo corto". Por respeto no deberíamos hacer perder el tiempo a las personas.

La verdad es que hay demasiados aprendices de estas formas sin experiencia, se atreven con temas demasiado personales, muy particulares que no responden a la generalidad, ni a la esencialidad y universalidad de los ingredientes necesarios que debe tener el aforismo y en su mayoría no interesan a las personas en general.

–¿Qué retos debe asumir el aforista para no acabar convirtiéndose en una triste parodia de sí mismo, recurriendo a fórmulas periclitadas cuando no repitiéndose de manera inconsciente?

Es muy importante estar al día de todos los estudios ensayísticos y novedades creativas que se publican. El rigor es importante. Pienso que el aforismo aparte de tener una importante base lectora es experiencia, no es experimento, pues todo no vale. Los grandes aforistas han creado estas brevedades ya con años de experiencia a sus espaldas, con madurez. El aforismo contemporáneo tiene muchos matices dentro de que son inherentes a ellos, disciplinas como la filosofía y la poesía, unos más tendentes a una u otra. Son diarios del pensamiento y del sentimiento en contacto con las cosas diarias, con las que nos tropezamos en la vida cotidiana porque los aforismos son de naturaleza humana, habitan por la mente, por las casas, por las calles. Atienden y surgen en conversaciones, leyendo, escuchando música, viendo películas o series, aparecen en cualquier momento. Cada autor tiene una voz, un eje identitario inconfundible, y eso es importante porque aparecen los temas cotidianos y recurrentes tanto de la vida como de la literatura. Todo ya está dicho, pero por eso hay que decirlo de otra manera, tratar de que haya una sorpresa inherente, un hallazgo, algo que remueva, dé que pensar y te incite a contestar. El aforismo lo escribe el escritor y lo termina el lector y ese diálogo que se emprende es algo maravilloso.

DEMETRIO FERNÁNDEZ MUÑOZ

En la consolidación del género más breve en España, asume un papel protagonista la figura de Demetrio Fernández Muñoz, tanto a raíz de la publicación del libro *La lógica del fósforo. Claves de la aforística española* (2020) como por su papel de coordinador de contenidos aforísticos de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (2021), ambas dos herramientas de gran utilidad para conocer la tradición y el presente del aforismo en nuestro país. En esta entrevista, el estudioso aborda una reflexión acerca de la continuidad del género y del estado actual del mismo. Más allá de las modas y su riesgo de trivilización, lo que parece evidente es que nos encontramos ante un cambio de fase que va a permitir que el aforismo sea asumido como lo que ha sido siempre: como una forma literaria de primer orden, tan digna como cualquier otra.

–En tu libro *La lógica del fósforo* trazas un itinerario histórico e interpretativo en el que vienes a avalar la idea de que las formas breves forman parte de la tradición cultural y literaria de nuestro país. ¿Me puedes desarrollar esta idea?

Con este libro he pretendido hacer palpable la "consanguineidad" de una serie de textos en la literatura española que podría llevarnos a concebir la existencia de una tradición aforística en nuestras letras. Sin embargo, de un tiempo a esta parte, pienso que cabría atender especialmente al proceso de conformación de este acervo literario, ya que la tradición ha necesitado forjarse de un modo singular: no se construye, *strictu sensu*, o al menos en términos convencionales y absolutos.

A lo largo de la historia, la vaporosidad conceptual y la minusvaloración estética del aforismo junto con el "autoodio" y la crisis identitaria del aforista han tenido como consecuencia

el cuestionamiento de la literariedad y prestigio del género, incluyéndolo frecuentemente en espacios difusos, dislocados, incluso desacreditados, como el de la literatura menor. De este modo, creo que la tradición (del latín *tradere*: entregar), entendida como el trasvase directo que proporciona una generación mayor a la joven que la sucederá, se ha visto afectada, en momentos entorpecida, obstaculizada o agujereada en el ámbito aforístico, hasta el punto de constituirse a partir de corrientes y cauces que dificultosamente han surcado los tiempos por vías alternativas y subalternas.

A modo de superviviente es como llega el aforismo a nuestros días, a través de una tradición silenciada, rota, inexistente, a la que (y aquí reside la peculiaridad) el éxito del género en la actualidad quiere reconocerle, proporcionarle, aunque exógena en el método y en el proceso inversa, la voz que no tuvo, o no pudo tener.

Actualmente, cuando el aforismo está cobrando decisivamente fuerza como discurso literario, existe una voluntad por (re)construir la historia del género para sostener y afianzar el presente en causas fundamentadas del pasado. Por ahora, este regreso tradicional descubre, sobre todo, la aforística del siglo XX. No obstante, una vez sacado a flote el siglo pasado, creo que sería posible y debería "avanzarse" en el rastreo hasta encontrar la aforística hispánica previa con la que poder continuar la tradición. La utopía de esta tarea residiría en que un aforista actual llegue a concebir la pertenencia al género, el modelo y la hermandad de autores como Gracián, Setantí, Antonio Pérez, Don Juan Manuel… por citar algunos nombres. Con el resto de géneros, la tradición no extraña. Se asume que se asentó y que se ha perpetuado de forma lineal, progresiva, acumulativa e irrebatible. En cambio, de forma singular, (des)aparece la tradición aforística. Hay en la aforística una necesidad de gestar al padre, reconocerse abiertamente en una genealogía literaria común en la que los enanos del presente parecen querer subírseles

a los hombros a los gigantes del pasado. Reacios a entregarse a la atávica querella de antiguos y modernos, se están tomando muy en serio la tarea de responder al aforismo de Freud: «¿A dónde va un pensamiento cuando es olvidado?».

–¿Crees que esta tradición avala que el auge del aforismo en nuestra época supere el mero fenómeno de moda, ya que se inscribe en una continuidad muchas veces explícita?

Creo que la moda puede no trivializarse, y creo que, en una parte sustancial, la aforística actual no se trivializa a sí misma, sino todo lo contrario. Me atrevería a decir incluso que, de los diferentes revival de este género, podríamos estar hablando del ascua de oro a lo largo de su historia, una especie de año 0 en el que instalarse y reconocerse (ya he hablado de los modos en la pregunta anterior) en una tradición, si no sumergida, pantanosa hasta el momento. Me parece que, por primera vez, la aforística tiene una labor y una responsabilidad con el género. Hay multitud de hechos que respaldan esta ausencia de frivolidad, más allá incluso de los fundamentales, los libros, los buenos libros. Por otra parte, me parece que se está pasando de moda afirmar la moda del aforismo, y el aforismo sigue ahí, en la pasarela.

–Como director del portal Aforística Española Actual de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, con materiales tanto de creación como de reflexión, posees una perspectiva privilegiada del estado actual del género más breve en nuestro país. ¿Cuál es tu valoración acerca de su calidad estrictamente literaria?

Aviso de que lo siguiente no es del todo un rodeo. Sin responder directamente a la pregunta, me gustaría hacer notar, y para mí es motivo de celebración, que la literatura actual ha crecido,

mejorado y ganado calidad al incorporar al aforismo entre sus géneros. No es poca cosa. Creo que no está de más recordar que todavía chirría a más de uno ver este género menor, "anti-preceptivo", entre las filas de la literatura; a sabiendas de que cumple tanto con sus requisitos internos (incluso puramente formalistas: ¿o un aforismo no produce desvío y extrañamiento?) como externos (baste señalar, por ejemplo, la entrada del género, de lleno, en el circuito de reconocimiento literario: el Premio Euskadi 2019 de literatura en castellano fue para un aforista, Ramón Eder, con un libro de aforismos, *Palmeras solitarias*). Por ello, me parece que no está de más reconocer definitivamente la literatura del aforismo, contra viento y marea aún, gracias, sobre todo, a sus cultivadores que lo asumen como medio apto, digno y eficaz para volcar su expresión estética.

Centrándome en la pregunta, la cantidad de aforistas ha crecido exponencialmente en pocos años, por lo que el paladar del gusto debe catar una diversidad inédita hasta la fecha. Por mi parte, suelo toparme todavía con hallazgos literarios, bocados de oro, frases de racimo; incluso teniendo en cuenta, y presente, la insipidez por saturación tras los atracones de aforismos y, como podría dictar una regla aforística, la regla de que más no es mejor. Vivimos un tiempo de puertas abiertas para el aforismo, para lo bueno, pero también para lo malo. No pretendo ser inquisitorial, pero alerta con el karaoke del aforismo trivializado, más que con la moda del aforismo, «con la falsa moneda, que de mano en mano va…».

–Por último, en alguna ocasión has expresado tu parecer de que el aforismos español actual está experimentando una metamorfosis, que se está haciendo definitivamente adulto. ¿En qué te basas para sostener esta idea?

Hechos, previsiones, impresiones e intuiciones permiten sostener que el aforismo está rompiendo la crisálida del boom editorial para lanzarse a una segunda detonación del boom con mayor impacto en la esfera pública. Es evidente que, desde hace unos años, el término aforismo ha empezado a naturalizarse en el horizonte de expectativas de la comunidad no solo literaria, sino social, y que su uso se ha incrementado hasta límites insospechados tiempo atrás. Así, tras una primera fase de integración, compre(n)sión y consolidación del género, el aforismo, ahora, carga la maleta y se escapa de casa; sale a la calle, se abre al mundo, experimenta, se independiza, conquista y pierde terreno, se descontrola, se encuentra consigo y contra sí mismo. Hay, por tanto, una expansión descentralizada del fenómeno aforístico que (de)muestra los logros y los fiascos, las luces y las sombras, de este *floruit* voraginoso en el que convive una pluralidad desgobernada. La metamorfosis consiste en asumir la «publicidad» del aforismo, y en nuestras manos queda responsabilizarnos de ello. Hay quienes lo hacen, pero eso es otro asunto… Sea como fuere, creo que en lo que todos podríamos estar de acuerdo es en que el aforismo tiene futuro, incierto, pero futuro. Celebrémoslo, libremente, cada uno a nuestro modo.

ELIANA DUKELSKY

Desde que obtuviese el II Premio Internacional José Bergamín de Aforismos por *La lengua y el espejo*, Eliana Dukelsky (Buenos Aires, 1982) ha practicado la escritura aforística de manera constante y creciente, investigando sus conexiones con otros géneros (el fragmento, el diario) y perfilando una voz propia y reconocible. En títulos como *Crianza* o *Electra destronada*, la exposición pudorosa de las propias perplejidades no está reñida con la elaboración meditada de ideas de validez autónoma.

–¿Cómo empezó su relación con el aforismo?

Comencé a escribir aforismos mientras estudiaba Teoría de la Literatura. Allí conocí la poesía de Pizarnik y la de Emily Dickinson, una poesía que me fascinó por su hondura, y, a la vez, su brevedad. También, sobre todo en el caso de Pizarnik, por su reflexión en torno a la identidad, y a la locura. Por esa misma época leí las greguerías ramonianas, esos textos tan lúdicos y poéticos, que nos conectan tan instantáneamente con nuestra imaginación primigenia. Finalmente, los diarios de Cioran me revelaron el aspecto reflexivo, filosófico y diarístico del género. Esos tres referentes fueron los ejes sobre los que gravitaron mis primeros aforismos.

–¿Qué espacio ocupa el aforismo en su práctica creativa?

Me atrevo a decir que los aforismos son la propia inspiración poética; o que la inspiración poética es de corte aforístico. Y es que, al ser pensamientos intuitivos, relámpagos poéticos y cognitivos, son, por lo menos en mi caso, el germen de la creación.

José Bergamín decía que el aforismo era para él el género fuente, el género del que partían, se creaban, los demás géneros. Es lo que ocurre también en mi escritura. En mi último libro (*Electra destronada*) el aforismo se ha extendido, volviéndose a veces más narrativo, otras más poético; creando formas como el poema en prosa, el fragmento o la nota de diario. Formas todas que conviven y dialogan con el aforismo para contar una determinada historia.

En este sentido, hay una cita que me encanta de Javier Recas que dice que: "estamos hechos de fragmentos laboriosamente enlazados, de rupturas e intermitencias, de instantes irrepetibles que forjan la memoria de nuestro fluir temporal". La escritura aforística me ha dado la posibilidad de extraer esos fragmentos que somos, trabajar poéticamente con ellos, y ponerlos a dialogar en busca de ese enlace, del sentido de ese diálogo interno, que tiene mucho que ver con la búsqueda de la identidad.

Finalmente, Ramón Eder dice que el aforismo es un diario sin fechas; y Carlos Marzal, una autobiografía abreviada. Estoy bastante de acuerdo con ellos.

–¿Qué aforistas le han inspirado más? ¿Cuáles suele releer con provecho?

Como mencioné en la primera pregunta, Alejandra Pizarnik, fundamentalmente en los poemas de *El árbol de Diana* o *Caminos del espejo*, que bien podrían ser formidables aforismos poéticos. Y luego, las greguerías ramonianas, los diarios de Cioran y de Jules Renard. En cuanto a mis referentes contemporáneos: Miguel Ángel Arcas, Isabel Bono, Jordi Doce y Erika Martínez, entre otros.

–¿Cómo valora el estado actual del aforismo español?

Hubo un boom del aforismo a partir de la primera década del siglo XXI con la creación de algunos premios dedicados al género, antologías y libros teóricos sobre él. Creo que ese impulso ha hecho posible la creación de colecciones aforísticas en editoriales que antes no las poseían, y que se conozca un poco más el género en el mundo editorial y académico. Pero aún queda mucho camino por recorrer. No obstante, en cuanto a la creación aforística, como en la creación literaria en general, no creo que el camino pase por la sobreproducción (los buenos libros necesitan tiempo, así como la buena lectura), sino por el ahondamiento en las poéticas actuales, ricas en su diversidad, y también el diálogo con otros géneros, y con la tradición.

–¿Qué tareas pendientes cree que tiene el aforismo por delante, si las tiene?

Creo que las librerías deberían tener un espacio específico dedicado al género aforístico; más editoriales incluir el aforismo en sus colecciones; y que, en general, fuera considerado en el ámbito académico como un género sólido, con una amplia tradición literaria: en nuestro país, con exponentes como Baltasar Gracián, Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado y Unamuno, entre otros; y en el extranjero: Nietzche, Lichtenberg, Cioran, por citar algunos.

JAVIER RECAS BAYÓN

Javier Recas Bayón (Madrid, 1961), es aforista, filósofo y pintor. Doctor en Filosofía por la UCM y Catedrático de Filosofía de Instituto, ha desarrollado una extensa actividad docente e investigadora. Ha publicado numerosos trabajos sobre el aforismo y los grandes del género. Destacan sus ensayos *Relámpagos de lucidez. El arte del aforismo* (2014); *Una aguda y grácil miniatura. Notas sobre el aforismo* (2020); *El arte de la levedad. Filosofía del aforismo* (2021); y sus ediciones de clásicos: *Meditaciones*, de Marco Aurelio (2011), *Encuentros y extravíos*, de Mark Twain (2020); *Sentencias*, de Publilio Siro (2022); y *Aforismos del pobre Richard*, de Benjamin Franklin (2022). Como aforista ha publicado *Un viento propicio* (2024). Acaba de publicar un monumental estudio, de más de 700 páginas, sobre el género más breve en nuestro país titulado *La vida en un trazo. El aforismo español contemporáneo: una perspectiva filosófica (siglos XX-XXI).* En esta entrevista hace balance de los avatares experimentados por el género en los últimos tiempos.

–A la vista de la evolución que ha experimentado el aforismo, entre el modelo clásico (sentencioso-objetivo) y el romántico (expresivo-subjetivo), ¿cuál cree que es, a día de hoy, el perfil más propio del género, el más consumado, y cuáles son sus métodos y contenidos característicos?

Efectivamente se ha producido un claro desplazamiento del aforismo sentencioso (objetivista y universalista) a uno expresivo y subjetivo. Pero esto se ha hecho sin abandonar el fondo filosófico que todo aforismo implica. El resultado ha sido un aforismo filosófico-poético en el que ambos factores se dan la

mano para ofrecer una forma distinta a la sentenciosa. Obviamente, hay una enorme gradación entre lo filosófico y lo poético en autores y aforismos concretos. Para comprender el sentido de esta simbiosis actual en el género, me parece muy útil hacer la distinción entre el aforismo "de texto filosófico" y el aforismo "de textura filosófica". Este segundo opera filosóficamente en el plano de la connotación, y es el que más se da actualmente. Su carácter expresivo se plasma no sólo en textos declarativos sino también, y con mucha frecuencia, en interrogativos, exclamativos… Las inmensas posibilidades del lenguaje poético no han pasado desapercibidas a este impulso expresivo-subjetivo. La forma más característica del aforismo filosófico-poético en la actualidad es, sin duda, la del aforismo experiencial, que expresa una honda enseñanza de vida, seguido del aforismo gnoseológico, en consonancia con rasgos de nuestro tiempo como la incertidumbre y la duda o la verdad como autenticidad y apertura de sentido… Por otra parte, si hablamos de método en el aforismo, sigue dominando la forma tradicional de la intuición relampagueante, que el aforista atrapa cuando se presenta y vuelca después en obras misceláneas o sobre cierta temática. Aunque en auge, sigue siendo minoritaria la otra gran opción: la de proyectar la reflexión aforística con una finalidad o sentido determinado preestablecido.

–Usted acaba de publicar un estudio sobre el aforismo español del último siglo y medio. ¿Detecta en su devenir algunos rasgos específicos de esta tradición? ¿O comparte los rasgos básicos con el resto de países de nuestro entorno?

La tradición aforística española es muy rica, de ahí lo voluminoso del estudio. Y no sólo me refiero a Baltasar Gracián, el más grande aforista del siglo XVII (y más allá). En la etapa contemporánea (desde inicios del siglo XX a nuestros días) ha habido extraordinarios aforistas cuya obra es desconocida para

el gran público, y en gran medida para parte del público culto. El aforismo español contemporáneo es deudor, como no podía ser de otro modo, de la evolución cultural de su tiempo y su entorno con rasgos comunes como los siguientes: el descrédito de los caracteres fuertes de la razón y la renuncia al sistematismo (desde Nietzsche a la posmodernidad); la estética literaria en favor de las formas breves; la entronización romántica de la subjetividad, la intuición y la razón poética; la apertura filosófico-literaria del aforismo a su simbiosis con otros géneros; el peso de las redes sociales y su exigencia de concisión, etc.

Pero hay, no obstante, algunos rasgos peculiares que caracterizan al aforismo español entre los que resalta el extraordinario legado de los grandes poetas del primer tercio del siglo XX (Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez o Ramón Gómez de la Serna). Ellos sentaron las bases de la actual trayectoria e impulsaron el género, aun ignorándolo. Sin pretender ser exhaustivo mencionaré la influencia, por ejemplo, de las greguerías en el aforismo actual en los juegos de palabras y el carácter lúdico de importantes sectores… La relevancia de la metafísica poética de Antonio Machado o de Juan Ramón Jiménez no son ajenas a la naturalidad de la mixtura filosófico-poética del aforismo español contemporáneo. Otro rasgo peculiar español hay que buscarlo más lejos: en la obra aforística del mencionado Baltasar Gracián, con su fino olfato para desentrañar la condición humana. La actual aforística experiencial está, con frecuencia, profundamente influida por él.

–En un entorno de banalización generalizada de la cultura, reducida a un consumo compulsivo e irreflexivo de productos vacuos, ¿cómo puede defender el aforismo su dignidad literaria y conceptual, y evitar caer en la tentación de ser reducido a un uso frívolo y circunstancial, por ejemplo, en redes sociales y en publicidad?

El aforismo siempre ha tenido que luchar contra tendencias establecidas. Cabría hablar de su carácter intempestivo y rebelde frente a los cánones y las formas académicas de expresión cultural. Tal vez se podría pensar que hoy ya tal situación está superada porque el aforismo está en auge y nadie parece censurar el formato. Sin embargo, la situación sigue siendo negativa para el aforismo en aspectos importantes. En primer lugar, en tener que reclamar constantemente su dignidad filosófica y literaria (los planes de estudios universitarios; la consideración del aforismo en la obra de autores consagrados, que todavía permanecen en la semioscuridad; el desfase del propio Diccionario de la Lengua respecto al aforismo), pero este escollo se une a ciertos problemas que hoy nos acechan: la vulgarización de la expresión concisa es una de ellas. Y ello se acentúa con la frivolidad de los textos en las redes sociales o en el ámbito de la publicidad. Uno de los grandes peligros de "la moda aforística" es esta frivolidad, unida a la falta de cribado de aforismos en numerosos libros que se publican. Concibo el aforismo como expresión esencial de una reflexión profunda, extremo opuesto de la banalización cultural de frases de consumo inmediato, de la reiteración de lugares comunes, del juego facilón de palabras o de la búsqueda forzada de la brillantez *per se*. No deberíamos confundir la defensa de la dignidad filosófica y literaria del aforismo con el deseo de una popularización reducida a frases de consumo.

–Usted defiende la necesidad de que el aforismo sintetice la belleza y la hondura, la imagen y el concepto. ¿Cree que dicha simbiosis está presente en los grandes aforistas españoles del último siglo y medio? Si es así, ¿cuáles serían los autores más representativos?

El aforismo no puede ser ya sentencia doctrinal, puro enunciado declarativo con pretensiones de objetividad. El aforismo

contemporáneo ha enlazado la voluntad de verdad con la voluntad de belleza. Este es un aspecto que he desarrollado en el apartado cuarto de la introducción a *La vida en un trazo*. El aforismo contemporáneo se aleja de la pura eficiencia comunicativa, pero también del mero lirismo poético. En la tradición española contemporánea se palpa su ambición estilística, que emana del reconocimiento del aforismo como género literariamente relevante, pero tal ambición no es incompatible con la pretensión de verdad. La síntesis de lo filosófico y lo poético constituye, efectivamente, el rasgo más sobresaliente de la aforística contemporánea española, pero se ha concretado en realizaciones muy diversas, que se mueven en el arco que va de lo conceptual a la imagen lírica, donde hay una enorme gradación. Una gradación que no responde a si son filósofos o poetas sus creadores, y que también podemos encontrarla en la obra de un mismo autor. Entre los filósofos más relevantes cultivadores de este aforismo filosófico-poético mencionaré a Eugenio Trías, Rafael Argullol o Miguel Catalán. Poetas con un marcado acento filosófico, por ejemplo, Antonio Machado, José Bergamín, Antidio Cabal o más recientemente Vicente Núñez, Juan Gil-Albert o Luis Felipe Comendador, entre otros muchos. En el extremo poético del arco están los aforistas marcadamente metafóricos como el inclasificable Ramón Gómez de la Serna, pero también Carlos Edmundo de Ory o Rafael Pérez Estrada. Y en el extremo filosófico más declarativo encontramos, por ejemplo, a Enrique Tierno Galván.

–Tras una década trufada de publicaciones y eventos en torno al aforismo, lo cual le ha permitido alcanzar cotas hasta ahora desconocidas para él, ¿cuál es su balance?

Hacer un balance de estos años en los que todavía nos hallamos, presupone anticiparnos al dictamen de la historia, para lo cual todavía queda bastante. Con todo, mi experiencia de estos

años, siguiendo y analizando la producción aforística española, me lleva a una apreciación ambivalente. Por un lado, es innegable que la expansión del aforismo en número de cultivadores, publicaciones, premios y estudios sobre el género, no puede ser sino muy positiva. En este último ámbito, por lo que a mí me toca, siempre he creído necesario superar el escaso conocimiento de la historia del aforismo en España y avanzar en su desarrollo teórico para comprender mejor el género y nuestra propia cultura. Pero, por otra parte, hay un efecto veladamente negativo en esta sobreexplotación del género que conduce a cierta banalización, a dar la apariencia del "todo vale y cualquiera puede". Falta filtro en las publicaciones (incluso en las de excelentes aforistas) y falta una crítica filosófico-literaria serena y distanciada. Por supuesto, ello no significa olvidar que aún falta mucho por hacer para que este extraordinario género tenga el reconocimiento que merece. A veces son los propios cultivadores los que no luchan por él, sobre todo cuando tienen éxito en otros géneros o en sus actividades profesionales.

–¿Cree que el aforismo del futuro debe perseverar en el camino recorrido, u optar por arriesgar y explorar nuevas vías tanto literarias como filosóficas? ¿No se expone a, de tanto repetir las fórmulas exitosas, resultar previsible e incluso inocuo? Sin evolución, ¿hay futuro?

Sin lugar a dudas, el aforismo no debe temer avanzar hacia nuevas formas de expresión. Si no lo hubiéramos hecho históricamente todavía seguiríamos en la estela del aforismo hipocrático. En mi opinión, no es discutible si evolucionará o no, sino cómo lo hará. El aforismo, como toda forma cultural se ve profundamente influida por su tiempo (subjetivismo, escepticismo o hibridación no son rasgos actuales del aforismo por casualidad). Como he hecho mención anteriormente, en la actualidad conviven dos formas en la creación aforística. Una es

la que se plasma en lo que denomino *obra-alcancía* (donde el creador va acumulando, como si de una hucha se tratara, sus relámpagos más logrados). El resultado es una obra miscelánea con la temática más relevante para el autor (puede ser incluso un monotema). Esta ha sido la forma más habitual en la tradición aforística, y todavía lo sigue siendo ahora. La otra forma es la de la *obra-tapiz*. El aforista premedita un decurso expositivo (con o sin cierre), lo proyecta, utilizando el aforismo como los hilos interconectados que componen un tapiz. La obra más reputada de este formato fue el *Tractatus* de Wittgenstein, y en la aforística española contemporánea algunas obras de autores como Enrique Tierno Galván, Demetrio Fernández o José Luis Trullo, entre otros. Quiero señalar, en todo caso, que las formas vanguardistas en el aforismo, como en todo, sólo tendrán relevancia, a la postre, en un marco más amplio, si hay un marco cultural (o contracultural) que lo arrope. Así ocurrió en los momentos de grandes cambios: el romanticismo, el existencialismo, el movimiento posmoderno… Soy partidario, por ello, de que el aforismo actual sea una expresión filosófica y literaria siempre en evolución, pero partiendo de nuestro tiempo para, desde él, reinterpretar el pasado y proyectar el futuro.

JOSÉ LUIS MORANTE

José Luis Morante (El Bohodón, Ávila, España 1956) es poeta, ensayista y crítico. Su lírica se recoge en las antologías *Mapa de ruta* (2010) *Pulsaciones* (2017) y *Ahora que es tarde* (2020). Ha preparado ediciones de Juan Ramón Jiménez, Joan Margarit, Eloy Sánchez Rosillo, Luis García Montero y Karmelo C. Iribarren. Como aforista, es autor de las entregas *Mejores días* (2009), *Motivos personales* (2015), *Migas de voz* (2021) y *Planos cortos* (2021). En 2022 aparecieron los poemas de *Nadar en seco* y en 2024 el ensayo *Paso ligero. La tradición de la brevedad en castellano (siglos XX y XXI)* y el libro de microrrelatos *Fuera de guion*. En 2025 se ha publicado *Viajeros sedentarios*, su segunda entrega de haikus. Desde hace muchos años, y de manera asidua y concienzuda, en su blog *Puentes de papel* se hace eco de las novedades aforísticas que aparecen en el mercado.

–¿Cuándo empezó su relación con el aforismo y cómo ha ido evolucionando a lo largo del tiempo?

No soy un adelantado; ratifico el lugar común de que el aforismo es curva pronunciada del camino de madurez. Hubo un tiempo de convivencia liviana, casi inadvertida. Como esa relación, civilizada y cortés, que mantienen los vecinos que comparten, de cuando en cuando, conversaciones de ascensor. Empecé a escribir con ánimo de publicación a mediados de los ochenta y la poesía asumía entonces el papel de protagonista principal. Gracias a ella llegué a la obra de autores que también escribían brevedades, como Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado, Carlos Edmundo de Ory, José Ángel Valente…

Ya en la amanecida digital, en la primera década del siglo XXI empiezo a escribir textos concisos de forma habitual.

Muchos son borradores desechados. Otros aparecen en el cuaderno *Sueltos*, editado en 2007. Mi apertura aforística es *Mejores días* (2009) y con él abro una etapa de absoluto compromiso con el género, tanto a nivel teórico e investigador, como a nivel práctico que, felizmente, perdura. En casa, la brevedad es continuo alboroto. Un sostenido picotear en los estantes de la biblioteca. Releo mucho a autores clásicos, pero también a mis coetáneos.

Su aforismo posee un perfil propio muy marcado, en el que el concepto se viste de un ropaje poético muy característico. ¿Qué influencia ha tenido su práctica poética en su cultivo del género breve, y cómo ha influido (si lo ha hecho) el aforismo en su quehacer lírico?

Entre la poesía y el minimalismo conciso no hay lindes claras; son evidentes las zonas de intersección. Tiene usted razón; mis aforismos buscan un ropaje poético a las ideas, fruto tal vez de los magisterios que han fortalecido sus contenidos. Ser poeta aporta un enfoque designativo, una manera de mirar y entender. La poesía transciende la realidad, sondea el más allá de lo aparente. Y el aforismo participa de la misma pulsión. Los dos son escrituras ascendentes. Buscan cotas del camino ontológico y escalan. Del pensamiento conciso toman mis poemas la precisión, la sobriedad de la palabra, la limpieza expresiva de las ideas y los motivos recurrentes centrales: la sociología de las relaciones humanas, el transitar del tiempo y el análisis de la identidad. El aforismo enseñó al jardín lírico la importancia de las labores de poda.

–¿Coincide con quienes tildan el auge del aforismo en nuestro país como una moda pasajera, alentada por las redes sociales? Y si disiente de este dictamen, ¿a qué atribuye dicho auge?

El futuro del aforismo desconoce la ropa de entretiempo; su oceanografía está despojada de contingencias personales y de

caprichos algorítmicos. Es una estrategia cognitiva que alienta la introspección y la hondura, el viaje interior hacia el ser, no hacia el estar. La textura del aforismo no depende de la temporada climática. No mendiga ocurrencias digitales. Es reflejo de una tradición que aglutina un abrumador legado de pensadores y civilizaciones. Es verdad que las redes han facilitado el vuelo libre de la brevedad; pero como escribe Ramón Eder el aforismo tiene una levedad inconmensurable. La gracieta, el chiste existencial y la frase solemne son escenarios deshabitados.

Los aforistas parecen, parecemos empeñados en encontrar antecedentes, maestros y precursores en el pasado con una fruición que para sí quisieran otros géneros, cuya obsesión más bien parece diverger, tal vez no de la tradición, pero sí de la generación inmediatamente anterior: ¿cuál puede ser la explicación a este comportamiento?

El reconocimiento de las influencias a veces imita un surtido de mercadillo de barrio. Su eficacia es especulación más que realidad, al menos si nos atenemos a los magros frutos de las publicaciones que generaron. Si en poesía, los hijos de Borges son multitud inabarcable; en el aforismo los parientes (hijos, nietos, biznietos y tataranietos de Gracián, los moralistas franceses, Cioran y Nietzsche) conforman un árbol genealógico tan frondoso, que entierra en sombra el resto del jardín. El patrimonio lector es un quehacer a largo plazo; se necesitan muchos años de trabajo, soledad y paciencia; cualidades poco compatibles con la aceleración vital de nuestro tiempo y la enfermiza manía de estar al día. Es más habitual la lectura de las novedades de contemporáneos que la inmersión en títulos clásicos, lastrados a veces por su aire de época. Hay mucha invención de precursores a espaldas del precursor, mucha moneda a cara o cruz flotando en aire.

–Hay voces que detectan cierto estancamiento en la aforística española actual, una peligrosa propensión al conformismo y a

la repetición de técnicas agotadas. ¿Por dónde debería adentrarse el aforismo para no perder su ineludible compromiso con la originalidad, la innovación y el sentido del riesgo, propios del género breve?

El aforismo solo necesita una propuesta estética coherente y limpia, acorde con su identidad de molde polivalente; no requiere estridencias formales ni contorsionismos verbales en el alambre. Originalidad, pero en sentido amplio: lumbre antes que chispazo. Solo debe jugar las cartas con los naipes que tiene: pensamiento, sensaciones, poesía, filosofía, experiencia vital, textura fragmentaria, sobriedad de recursos. Y buscar la suerte intuitiva del echador de naipes en alguna jugada de farol.

JUAN MANUEL URÍA

Juan Manuel Uría (Errenteria ,1976) ha publicado, entre otros, los libros de poesía *Harria* o *La belleza fragmentada* y el libro de haikus *K´amékuarhu*. Como aforista ha publicado *Dos por la mañana*, *La ciencia de lo inútil*, donde reflexiona sobre la poesía y la creación poética, y *Dos por la tarde*. Junto con el fotógrafo Juan Antonio Palacios ha publicado el fotolibro *Harria-La piedra.* Entre sus últimas publicaciones están *Infancia es lugar*, un libro de género inclasificable en el que vierte su visión sobre la infancia; *Remiúrgica*, en colaboración con José Luis Trullo y, junto con el músico Ángel Unzu, el disco-libro *Impromptu*. En 2022 publicó *Apuntes sobre pintura,* donde reflexiona sobre la pintura y la creación plástica.

–¿Cómo empezó su relación con el aforismo?

En un principio, de forma no deliberada, no consciente, anotando en los márgenes de los libros o en cuadernos frases sueltas, pensamientos, embriones de lo que se me antojaban futuros textos de mayor extensión. Luego, a medida que fui encontrándome y leyendo a autores que practicaban el género como tal, descubrí que eso que iba anotando tenía un nombre, y que no eran germen de algo mayor sino lo mayor en forma breve, sintética, cápsula activa de un pensamiento, con entidad propia, y que en adelante llamaría, ya conscientemente, aforismo.

–¿Qué autores han influido en su propia forma de cultivar el género?

Me han influido muchos, hay muchas lecturas, no necesariamente solo de aforistas, sino de compositores de textos de diferente índole o género que me han ido formando como poeta, en

un estilo determinado o, más que estilo, en un tono, en una música. Sí, creo que son los autores con un tipo de musica los que más me han influido. Entre los puramente aforistas, los moralistas franceses, por un lado, son fundamentales; luego, por poner algún hito, Lichtenberg (al que conocí a través de los surrealistas, concretamente André Bretón en su libro *Antología del humor negro*, surrealistas tan apreciados por mí y que tanto también me han influido), los filósofos de escritura fragmentaria y que rompen con los sistemas absolutos y cerrados de pensamiento (Nietzsche, Schopenhauer, Kierkegaard, Bachelard) y, sobre todo, creo, los autores que respiran o tienen por fuente la poesía, el pensamiento poético: Juan Ramón Jiménez, Carlos Edmundo de Ory, Lautréamont (tiene unos aforismos excepcionales, además de sus conmovedores *Cantos de Maldoror*), René Char ("la poesía es tratar de expresar lo inexpresable"), Mambrino, Celan, entre muchos otros. Entre los contemporáneos son muchos los que suscitan mi permanente interés y de los que aprendo en cada lectura. El último libro que he leído, por poner alguno, es *El reloj de las horas muertas*, de José Mateos, un libro excepcional. Y el que me espera en el anaquel de "próximas lecturas": *Un monstruo incomprensible. Retablo de moralistas franceses*, en edición de José Luis Trullo.

–Además de aforista, usted es poeta. ¿Cómo reconoce que una idea debe plasmarla en uno o otro género?

La fuente poética está en todo lo que hago, sea en forma de texto (en el género que sea) o en materializaciones plásticas, como en pintura. El pensamiento poético es progenitor de todo. La razón poética. Luego, ya en lo concreto de lo que se me pregunta (para no irme por la tangente), no diré que es el texto el que me lleva a uno u otro género, porque no es así, sino que es mi voluntad la que actúa; sé muy bien, a priori, si me voy a poner a componer un aforismo o un poema, porque requieren ac-

titudes mentales diferentes, procedimentales (la mayoría de mis aforismos, por ejemplo, los pienso caminando, muy peripatéticamente). Así que, si voy a escribir un poema o voy a escribir un aforismo o voy a pintar un cuadro (o voy a responder a las preguntas de un cuestionario como este), me ordeno en todos los sentidos para ese cometido. Sí puede ocurrir (y casi siempre sucede), que dentro de un poema haya versos que podrían extractarse perfectamente como aforismos y al revés, aforismos que podrían ser definidos también como poemas breves. Pero a priori, es mi voluntad la que ordena un procedimiento y, por lo tanto, una forma de expresión. Luego sí, después dejo en suspenso la voluntad y dejo campar (a mis anchas) a lo espontáneo, azaroso e intuitivo.

–¿Es usted de los que pule el aforismo hasta que alcanza su forma consumada, o en su caso dicha elaboración se produce en el ámbito del pensamiento y no tanto de su expresión?

Siempre he pensado la elaboración de un texto al modo de una escultura: hay que darle forma, pulirlo, limarlo, quitar lo que sobra, darle silencios (es decir, ritmo), etc. En este sentido, me considero un formalista obsesivo al que, además de querer decir algo, quiere decirlo bien, estéticamente, con la música precisa y adecuada, o incluso, y extremando mucho este razonamiento, que el propio texto se vea bien sobre el papel, haciendo abstracción de todo lo demás, como si fuera un cuadro.

–¿Cuál es su valoración de la llamada "década prodigiosa" del aforismo español? ¿Con qué aspectos se queda y cuáles lamenta?

Soy de los que habitualmente, por elección, adopta el mejor ángulo, el más esperanzado (la esperanza es un acto electivo, de la voluntad), así que diría que mi valoración no puede dejar de

ser positiva, por los hallazgos, los nuevos horizontes abiertos, además, y sobre todo, por los amigos que he hecho en el camino y todos los libros buenos que he tenido ocasión de leer. Nuevas colecciones de aforismo, su visibilización como género, ese puñetazo en la mesa para que se lo considere un igual y no un secundario. Creo que esto es lo mejor, y lo que ya no tiene vuelta atrás (la introducción del término "aforista" en el DRAE es ya un hecho, por ejemplo). ¿Qué lamento? Siendo que prefiero quedarme con lo bueno, hay algo que también pasa en el ámbito de la poesía: hay más aforistas que lectores de aforismo (con su lógica traducción en la venta de libros y que ha hecho que algunas colecciones de las que antes hablaba desaparezcan o vayan a desaparecer). Todos esos que escriben pero no compran un libro o, peor, ni siquiera los leen (algunas bibliotecas públicas están bien surtidas de libros de aforismos). Vuelvo a la poesía para hacer una reflexión: si todos los poetas en activo compraran un libro de poesía al mes (¡solo uno!), la sección de poesía no estaría en el rincón más apartado de las librerías. En cuanto a la inflación aforística de la que se ha venido hablando, creo que ya estamos en un proceso inverso de remanso y bajamar.

–¿Qué retos debe asumir el aforista para no acabar convirtiéndose en una triste parodia de sí mismo, recurriendo a fórmulas periclitadas cuando no repitiéndose de manera inconsciente?

A mí me seduce mucho la actitud creativa de Oteiza, que cuando sintió que la escultura no daba más de sí, comenzó a escribir poesía, experimentó con el cine, etc., buscando siempre nuevas formas de creación más significativas (para él). Así pienso en mi caso, no solo entre disciplinas artísticas diferentes, sino en una misma disciplina en el tiempo, tratando de buscar maneras distintas, formas diferentes, modos de ordenar los elementos (juego) para conseguir de forma más eficaz (poéticamente ha-

blando) lo que se quiere decir, con la música justa. Creo que lo que digo algo retóricamente se resume en que hay que ser ambicioso en las formas y estructuras, y no repetirse. En fin, ser siempre un niño, con su curiosidad, desparpajo y ambición experimental y creativa.

MANUEL NEILA

Manuel Neila nació en 1950 en Hervás (Cáceres) y se licenció en Filología Románica. Su predilección por las formas breves se ha materializado en los volúmenes *El silencio roto, Pensamientos de intemperie y Pensamientos desmandados*, que se acogen al título genérico de *El pensamiento errante*. Una selección de sus mejores aforismos apareció publicada bajo el título *Discordancias* (2019). En la actualidad, dirige la colección de aforismos «A la mínima» para la editorial Renacimiento. Entre sus publicaciones más recientes cabe destacar: un volumen de carácter fragmentario *Clima de riesgo* (2015), la colección de aforismos *Pensamientos desmandados* (2015) y la recopilación de ensayos *El escritor y sus máscaras* (2015). Es responsable, junto a José Luis Trullo, de la antología *El cántaro a la fuente. Aforistas españoles para el siglo XXI* (2020).

–¿Cómo empezó su relación con el aforismo?

La primera vez que tuve conciencia de la escritura sentenciosa, a la que se acerca, como es sabido, a la escritura aforística, fue en el examen de ingreso al Bachillerato, allá por el año 1961. Una de las preguntas rezaba: "¿Qué significa el refrán español *A Dios rogando y con el mazo dando*"? Años más tarde, en la clase de lengua y literatura francesa, vine en conocimiento de los moralistas francés: La Rochefoucauld, Pascal y La Bruyère, principalmente. Y ya en el primer año de universidad, al hilo de una exposición oral que hube de presentar acerca de Eugenio Trías, descubrí *La dispersión*, que acababa de llegar a las librerías por esas fechas, en pleno resurgimiento de Friedrich Nietzsche, maestro indiscutible de la escritura aforística moderna. Después vinieron todos los demás: Antonio Machado, Ra-

món Gómez de la Serna, José Bergamín, entre los españoles; Jules Renard, Emil Cioran, Elias Canetti, entre los europeos.

–¿Qué autores han influido en su propia forma de cultivar el género?

Son numerosos los autores de la tradición aforística que han influido, de una manera o de otra, en mi forma de cultivar el género. Antonio Machado y Rafael Sánchez Ferlosio me han ayudado a vislumbrar el "espíritu de la letra" en libros como *Juan de Mairena* y *Campo de retamas*. Con Elias Canetti y Emil Cioran he descubierto la necesidad de mantener viva la "voluntad de estilo", que ponen a prueba en *La provincia del hombre* o *Silogismos de la amargura*. Ambas cosas, espíritu de la letra y voluntad de estilo, se hallan presentes en los cuadernos de notas de Georg Lichtenberg y Josep Joubert, fundadores del aforismo moderno. La consolidación de esta forma breve de expresión durante la última centuria coincidió con el arraigo de una nueva modalidad aforística, que ha dado en denominarse *aforismo poético*; en este caso, encuentro particularmente provechosas las obras de Juan Ramón Jiménez y René Char, en las que la poesía y el aforismo beben de las mismas fuentes creativas.

–Además de aforista, usted es poeta y narrador. ¿Cómo reconoce que una idea debe plasmarla en uno u otro género?

En un texto que suelo citar con frecuencia, Gilles Deleuze dice que Nietzsche integra en la filosofía dos medios de expresión, el aforismo y el poema. Con ello sustituye el ideal del conocimiento, el descubrimiento de la verdad, por la *interpretación* y la *evaluación*. Precisamente, afirma el filósofo francés, el aforismo es el arte de interpretar y la cosa por interpretar; mientras que el poema es el arte de evaluar y la cosa por evaluar. Si esto

es así, como parece, y uno se mantiene atento al proceso de *change in response*, la elección del aforismo o el poema solo depende del tipo de respuesta a la nueva circunstancia, bien sea interpretativa o valorativa. El intérprete es el fisiólogo, aquel que considera los fenómenos como síntomas y habla mediante aforismos; el evaluador es el artista, aquel que crea perspectivas nuevas y habla mediante el poema. Ahora bien, de la misma manera que, en algunos casos, el aforismo moderno se aproxima a la perspectiva poética, en otros casos, suele acercarse al punto de vista narrativo, como ponen de manifiesto muchos de los aforismos de Elias Canetti.

–¿Es usted de los que pule el aforismo hasta que alcanza su forma consumada, o en su caso dicha elaboración se produce en el ámbito del pensamiento y no tanto de su expresión?

El aforismo moderno surge, ciertamente, como un destello o una destilación del pensamiento, en respuesta a una situación dada. Viene orientado *in nuce* de manera cognitiva, ética o estética. En lo que a mí respecta, considero el aforismo como una "breverdad" dicha con agudeza y arte de ingenio. Por lo que hace a la *veracidad*, mis aforismos dependen, en primer lugar, de la intuición, esa capacidad de comprender algo instantáneamente, sin necesidad de razonamiento lógico consciente. Se trata de un procesamiento automático de información, producto de la experiencia y el conocimiento acumulado, que se manifiesta como un barrunto, un presentimiento o una comprensión súbita. Por lo que respecta a la *agudeza* y el *arte de ingenio*, las cualidades más destacadas de la escritura aforística moderna, recurro a un lenguaje figurativo y me apoyo en formas de realce expresivo, como la metáfora, la analogía y la ironía. En este sentido, el aforismo no siempre aparece en su forma consumada, de modo que el pulimento posterior resulta a veces poco menos que inevitable.

–¿Cuál es su valoración de la llamada "década prodigiosa" del aforismo español? ¿Con qué aspectos se queda y cuáles lamenta?

Si nos atenemos a los datos editoriales, el auge del género aforístico que tuvo lugar durante el pasado cambio de siglo, y la consolidación del mismo que se produjo durante la segunda década del presente, es incontestable. Se pasó de un total de 8 libros publicados en España en los años ochenta, a los 37 en los años noventa y a los 93 en la primera década del nuevo siglo. A partir de ese momento, y durante la llamada "década prodigiosa", se produjo un aumento exponencial, llegando a superar en algún momento los 20 títulos por año, como ha señalado el profesor José Ramón González. Esta situación tuvo, en efecto, una consecuencia positiva: la reviviscencia de un género, el aforístico, que había conocido un momento de esplendor durante la llamada Edad de Plata de la cultura española, con autores destacados como Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez o José Bergamín, antes de que las tempestades de acero de la guerra civil española y de la Segunda Guerra Mundial dieran al traste con todo. Pero, bien mirado, presenta un aspecto problemático: la posibilidad de vulgarización, de convertir el aforismo en una fórmula ineficaz y vacía, por mor de las inevitables servidumbres que traen consigo las omnipresentes redes sociales.

–¿Qué retos debe asumir el aforista para no acabar convirtiéndose en una triste parodia de sí mismo, recurriendo a fórmulas periclitadas cuando no repitiéndose de manera inconsciente?

Tras la normalización de la escritura aforística que se produjo durante las últimas décadas, cabe preguntarse: ¿qué porvenir aguarda al aforismo en las sociedades mediocráticas de masas, una vez que la banalidad, la superficialidad y la estupidez han

pasado a configurar una suerte de ideología dominante? La proliferación del aforismo corre el peligro de convertirse en una moda, en lo que usted denomina "una triste parodia de sí mismo", con lo que acabaría perdiendo su eficacia. La función, como es sabido, crea el órgano, y la necesidad crea la función; pero el uso indebido del órgano puede acabar definitivamente con ambos. Puestos a profetizar el pasado, en el sentido que Antonio Machado daba a estos términos, corremos el peligro de que el aforismo siga el camino del romance popular, tras su florecimiento durante los años de entreguerras, o del soneto clásico, con posterioridad a su proliferación durante los años cuarenta. Y evitarlo es el principal reto a que nos enfrentamos de ahora en adelante. Lo cual no es motivo para que dejemos de cultivar la escritura aforística en estos tiempos de posverdad que nos han tocado en suerte; pues hoy, si hemos de hacer caso a Lluís Duch, "es urgente que las palabras regresen de su exilio".

MARIO PÉREZ ANTOLÍN

Mario Pérez Antolín (Stuttgart, 1964), además de poeta y novelista, es uno de los más destacados aforistas de la actualidad. Entre sus libros se encuentran *Oscura lucidez* o *La más cruel de las certezas*, aunque su aforística 'strictu sensu' ha sido reunida en el volumen *Mínima esencia*. Ha recibido el I Premio Internacional Juan Gil-Albert de Escritura Aforística y del Yo con el título *Idear lo insólito*. Es el suyo un aforismo adusto, exigente, conceptuoso, que revisa las nociones comunes para examinar su consistencia real y depurarlas de adherencias ideológicas o sofísticas. En esta entrevista hace un balance de su relación con el género más breve y se pronuncia acerca de su estado actual y sus retos de futuro.

–¿Cómo empezó su relación con el aforismo?

Yo llegué al aforismo como una evolución natural de la poesía. Mi escritura poética fue haciéndose, con el tiempo, cada vez más reflexiva, lo cual me llevó a un género transversal donde se mezclaba lo filosófico y lo lírico de forma armónica y sintética.

–¿Qué autores han influido en su propia forma de cultivar el género?

Del ámbito de la filosofía, destacaría a estos tres pensadores: Nietzsche, Wittgenstein y Cioran. Desde un punto de vista más literario, destacaría a estos tres autores: Paul Valéry, Pessoa y Canetti. No sé si son los que me han influido en un mayor grado, pero, sin ninguna duda, son los aforistas que prefiero como lector. En ellos encuentro la perfección formal junto a la hondura de pensamiento.

–Además de aforista, usted es poeta y narrador. ¿Cómo reconoce que una idea debe plasmarla en uno u otro género?

Yo creo que es la misma idea la que me pide ser expresada de una u otra forma. En mi mente aparece un primer esbozo que necesita un desarrollo ulterior. Este embrión unas veces es el origen de una historia, de una emoción eminentemente estética o de un razonamiento ensayístico. A menudo, las tres cosas se mezclan dando lugar a un texto híbrido.

–¿Es usted de los que pule el aforismo hasta que alcanza su forma consumada, o en su caso dicha elaboración se produce en el ámbito del pensamiento y no tanto de su expresión?

Mi técnica de trabajo se desarrolla durante tres momentos: en primer lugar, espero pacientemente que llegue la inspiración (necesito partir de una idea primigenia que me deslumbre y me arrebate); inmediatamente después viene el desarrollo, en el que se despliega y se entrelaza el contenido lingüístico, conceptual y simbólico hasta conseguir un borrador aceptable; por último, y pasado cierto tiempo, llega el momento de revisar y pulir para alcanzar el resultado óptimo.

–¿Cuál es su valoración de la llamada "década prodigiosa" del aforismo español? ¿Con qué aspectos se queda y cuáles lamenta?

El género aforístico llevaba postergado desde hace algún tiempo. Esta "década prodigiosa" ha servido para rescatar del ostracismo un tipo de literatura que merece la máxima consideración por su forma y por fondo. Se han convocado nuevos premios literarios, se han creado nuevas colecciones editoriales específicas, se han publicado algunas tesis doctorales y se ha incrementado el número de practicantes. En cuanto a los elemen-

tos negativos, destacaría, sobre todo, la banalización y la depauperación que empieza a notarse a medida que se rebajan los estándares de calidad especialmente en las redes sociales.

–¿Qué retos debe asumir el aforista para no acabar convirtiéndose en una triste parodia de sí mismo, recurriendo a fórmulas periclitadas cuando no repitiéndose de manera inconsciente?

Los retos más importantes, a mi juicio, son dos: la búsqueda de la innovación para crear nuevos estilos acordes con los tiempos actuales y la búsqueda de la máxima calidad con la que ir elevando el nivel del género. Hay que huir de lo trillado y de lo empobrecido. Hay que empeñarse en la originalidad y en la excelencia.

RICARDO VIRTANEN

La obra literaria del madrileño Ricardo Virtanen incluye poesía, crítica literaria, diario, novela, haiku y aforismo. En el género más breve ha publicado *Pompas y circunstancias* (2007), *Laberinto de efectos* (2014), *El funambulista ciego* (2019), *Bazar de esquirlas* (2019) e *Interruptores* (2022, junto a Carmen Canet). Además, ha coordinado los volúmenes corales *La sonrisa de Nefertiti*, sobre la felicidad, y *Un instante en el paraíso*, sobre la belleza. Virtanen ha transitado por diversos caminos estéticos del actual aforismo: la greguería, el aforismo lírico, el filosófico o el moral, conformando lo que él ha denominado «esquirlas», bajo la imanticidad de un laberinto de efectos. Su último libro de aforismos publicado, *El vigilante de la luna*, título que evoca a Jules Renard, nos presenta «metaforismos líricos». los cuales combinan el elemento metafísico con el poético, donde el humorismo también tiene cabida.

–¿Cómo empezó su relación con el aforismo?

Todo comenzó a principios de siglo. Me empezaron a interesar las formas fragmentadas, breves. Hablo del haiku, del aforismo, del microrrelato, del diario. Comencé a practicarlas casi de manera simultánea, aunque mi primer libro de haikus fuera de 2005 y el de aforismos, de 2008. Sin duda, el que cayeran en mis manos los *Aforismos* de Lichtenberg y *Desgarradura* de Cioran fue acicate para que yo comenzara mi tránsito del aforismo.

–¿Qué autores han influido en su propia forma de cultivar el género?

Antes hablaba de Lichtenberg y Cioran como primera toma de corriente. En el ámbito hispánico, me interesaron Gómez de la Serna, Edmundo de Ory, Pérez Estrada o Juan Ramón Jiménez. En otro ámbito, resultaron cruciales en su momento libros de Joubert, Rivarol, Gourmont, Schnitzler, Wilde, Pessoa, Antonio Machado o Canetti, como he señalado tantas veces.

–Además de aforista, usted es poeta. ¿Cómo reconoce que una idea debe plasmarla en uno u otro género?

Es cierto que el poema se concibe a partir de una idea que queremos plasmar. Rara vez es el lenguaje o la imagen los que imponen el "modelo poema". En el aforismo, por su brevedad, casi que idea y forma surgen de forma simultánea. Es cierto que el poema puede iniciarse a partir de una serie de imágenes, las cuales van formalizando una idea que perseguimos. Mientras que el aforismo se concibe desde sus entrañas a raíz de una idea que escribimos en una o dos líneas sin desarrollo. En realidad, el problema no lo tengo con la concepción poema/aforismo, sino con la de haiku/aforismo. Cuando trabajo en el aforismo lírico, o surge este en mi cabeza, tengo que decidir si concibo un haiku (mucho más trabajoso en su concepción poemática) o un aforismo lírico, más liviano en su forma, aunque contundente conceptualmente. A veces, el texto queda en tierra de nadie, y siempre pongo de ejemplo este haiku mío de *Notas a pie de página* (2005), que asimismo lo he usado como aforismo: *En esa sombra que te tiende la noche está tu día*.

–¿Es usted de los que pule el aforismo hasta que alcanza su forma consumada, o dicha elaboración se produce en el ámbito del pensamiento y no tanto de su expresión?

La literatura debe siempre pulirse. Las primeras impresiones que plasmamos en nuestros libretas (sea haiku, poema, aforis-

mo, microrrelato o diario) debe después pasarse por el tamiz de nuestro intelecto. Si surge el texto perfecto en su primerísima concepción: ¡¡Eureka!! Si no, hay que ponerse manos a la obra. Porque lo que interesa, interesa sea como sea.

–¿Cuál es su valoración de la llamada "década prodigiosa" del aforismo español? ¿Con qué aspectos se queda y cuáles lamenta?

Pues mire, soy de los que piensa que la década prodigiosa del aforismo (y del haiku) fue la primera del siglo XXI, cuando el aforismo se desarrolló como género de una manera clara y concisa, y tomó tierra dentro de unos parámetros literarios normalizados. Cierto es, claro, que esa "década prodigiosa" de la que hablamos, la comprendida entre 2013 y 2023, el aforismo se despliega con un inusitado número de revistas, publicaciones, congresos, antologías y editoriales, que va a ser difícil superarlo. Y esto ya lo estamos viendo en este 2025. No sabría decirle si debiéramos lamentar nada. Siempre ha habido –y habrá, sin duda– falsificadores literarios, en todos y cada uno de los ámbitos literarios desde siglos atrás. Siempre hubo originales, continuadores e imitadores. La literatura *à la mode* solo hay que desentrañarla cuanto antes, como a los oportunistas de salón. Me quedo, sin duda, con este intento actual de normalizar un género absolutamente esporádico en nuestra literatura. Hay muchos libros de aforismos en el escaparate desde hace dos décadas (algo sin duda proverbial). El tiempo irá poniendo las cosas en su lugar, y el esfuerzo de unos pocos plasmado en revistas, congresos, libros o antologías debe proseguir para ir ganando terreno a la ignominia de cierta clase *gourmet* de la literatura que ve en el resurgimiento del haiku o del aforismo como una pretendida moda literaria.

–¿Qué retos debe asumir el aforista para no acabar convirtiéndose en una parodia de sí mismo, recurriendo a fórmulas periclitadas o repitiéndose de manera inconsciente?

Es complejo. Por un lado, y esto lo estamos viendo en contemporáneos primigenios, el seguir una fórmula aforística hasta la extenuación conlleva a una más que profunda crisis paródica de sus textos mejores. Por otro, no creo que haya que reinventarse en cada libro. Esto nos conduce a un tipo de fracaso involuntario; lo que se resumiría en los axiomas *No querer hacerlo* y *Querer pero no saber hacerlo*. Lo natural sería proseguir una lenta y evolución de nuestra propia obra aforística e intentar vías nuevas, pero siempre solidificándolas. Esto es, que en cada autor podamos observar unas etapas en su obra después de décadas. En cualquier caso, y como advierte la pregunta, el riesgo de repetirse (pasa en la poesía y en la novela) es un hecho más que consumado en nuestra literatura. Y el aforismo no iba a ser menos.

REVISTA AFORISTAS

LORENZO OLIVÁN

Lorenzo Oliván es un poeta, traductor y ensayista español que ha cultivado el género más breve con profusión, reuniendo sus aforismos en forma de libro con títulos como *La eterna novedad del mundo (*1993), *El mundo hecho pedazos* (1999), *Hilo de nadie* (2008) y *Dejar la piel. Pensamiento y visión. 1986-2016* (2017), donde incluía lo más granado de su aforística. En esta entrevista precisa las pautas de su quehacer literario en el ámbito de la brevedad, inciendo en la dimensión subversiva que debe respetar para estar a la altura de su naturaleza esencial.

–¿Para qué aforismos en tiempo de consignas?

Las consignas suelen responder a un fin muy estudiado, planificado, medido. El aforismo, tal y como yo lo entiendo, es un viento libre, que debe revolver el pelo a quien lo piensa. Creo en un aforismo que no responda a cálculos previos, sino que sea como un arma para entrar en los dominios del lenguaje, en la energía más viva del lenguaje, y desde allí poner la realidad y el yo patas arriba.

–La contención propia del aforismo, ¿tiene una implicación ética? ¿Intelectual? ¿Espiritual, incluso?

La contención del aforismo es un arma de doble filo. En un aforismo no hay tiempo para aclaraciones, matizaciones, argumentaciones. De ello extrae su intensidad. Tiene algo de estrella fugaz del pensamiento y de la visión. Pero su contundencia, en lo ético, despierta rechazos y reticencias. Alguien que no duda y que no entiende la literatura como una gran búsqueda incesante no debería leer aforismos. Los aforismos in-

troducen grietas en cualquier sistema. Y en la sociedad de lo políticamente correcto eso constituye un verdadero peligro. Yo los uso casi como bengalas en la noche y a menudo me sorprendo con el paisaje que alumbran fugazmente.

–¿Cómo llega un poeta al aforismo? ¿Es un proceso gradual, una súbita epifanía, una cadencia?

Empecé haciendo nervio óptico con imágenes y metáforas, que a medida que fui cumpliendo años se fueron llenando de pensamiento. El aforismo me enseñó primero a conectar realidades distantes, a desvelarlas desde un lado sutil. Después me enseñó a conectar pensamientos, a menudo en apariencia alejados. El aforismo te enseña tanto a trazar puentes como a volarlos.

–Se incide con frecuencia en el carácter ambiguo, polifónico, del aforismo contemporáneo, frente al marmóreo y frontal del clásico. ¿Consiente o disiente?

Desde principios del XIX, con Keats, vivimos en la disgregación del yo. Después vendrían Baudelaire, Rimbaud, Whitman, Pessoa y tantos otros remando hacia el mismo norte. Me gusta lo teatral del aforismo, el complejo juego de voces a que responde. Lo conceptual no suele sugerir rapidez. En un aforismo lo conceptual se llena de dinamismo, y arrastra, y seduce. En ese proceso el yo se confunde con un vértigo de máscaras.

–La dimensión lúdica de cierto tipo de aforismo (ese casar lo inverosímil con lo necesario), que existe y existirá siempre ¿puede jugarle malas pasadas?

El aforismo puede y debe incluir el juego si juega en él con la seriedad de los niños. El aforismo que se reduce a chiste fácil no me suele interesar. Todo depende de cómo juguemos con el

lenguaje. Quien no está abierto al juego suele ser rígido con sus ideas y quien solo quiere jugar suele ser frívolo. No me gusta ni lo uno ni lo otro.

–La paradoja del más con menos, tan cara al aforismo, ¿se puede entender a todos los órdenes de la vida, como un lema existencial?

El aforismo favorece la síntesis y la conexión de lo lejano, dos elementos importantes para toda aventura existencial.

CARLOS MARZAL

Carlos Marzal cuenta con una larga trayectoria como poeta, aunque también ha cultivado la novela. Como aforista, reunió su producción en *La arquitectura del aire* (2013), si bien desde hace años comparte en sus redes sociales un aforismo inédito al día. Es la suya una aforística más centrada en el concepto que en la imagen, pues como afirma en esta breve entrevista, no cree en el pensamiento poético, uniéndose a esos autores que reservan el género más breve para el trabajo conceptual, cediendo el ámbito de la imagen y la métafora a la poesía.

–Un aforismo al día, ¿desde cuándo? ¿Hasta cuándo?

Mis aforismos del día son "del día en que publico el aforismo". Nada más. A veces paso días, semanas o meses son escribir ninguno, y a veces escribo una docena en un rato. Eso depende de la señora inspiración. De las ocurrencias que me sobrevengan. Mi única receta para escribir consiste en no tener recetas.

–Ese "estado aforístico" del que habló Rafael Dieste, ¿cómo se cultiva? ¿O es fruto silvestre?

Mi cabeza funciona de manera aforística. Pienso en frases breves, si es que pienso. Lo que en mí trato de denominar ideas se ejecuta en destellos, y luego, si tengo que razonar por extenso, me extiendo a partir de ese primer movimiento de la mente.

–Si los aforismos no vienen, ¿hay que convocarlos? ¿O esperarlos sin urgencias?

Creo que todo hay que esperarlo: a veces en marcha, y a veces detenidos. No obstante, creo en el trabajo, en la dedicación, en la laboriosidad. Los hallazgos se descubren.

–Frente al aforismo rayo, centella, relámpago, destello, chispazo, ¿hay otro? ¿Cuál?

El aforismo, según lo entiendo, es brevedad y descubrimiento. No hace falta ser un pensador original, sino sólo saber de decir originalmente la sabiduría que nos pertenece a todos.

–El poeta, ante un aforismo, ¿debe contenerse para que no se le vuelva poema?

No creo demasiado en el pensamiento lírico, en los aforismos poéticos. El aforismo debe pensar y el poema cantar, o eso creo. Hay que saber qué es cada cosa: un garaje no es una cabaña; ni un apartamento, una gasolinera. Hay que saber qué está uno tratando de construir en cada momento.

–Sus aforistas a los que casi siempre vuelve, y que casi nunca le fallan.

Soy muy de Joubert, de Lichtenberg, de Chamfort, de Nietzsche.

–Usted se ha destacado por publicar sus aforismos en libros dotados de una estructura perfectamente meditada, alejados pues del formato misceláneo que viene siendo el más habitual entre los aforistas. Es el caso de *Tempo di silencios* y *Los sueños de las sombras*. ¿Qué le llevó a optar por ese modelo?

Después de los primeros libros de aforismos que escribí, me percataba [de] que era posible construir un lugar o espacio arquitectónico donde pudiera colocar mis aforismos con cierto sentido material y formal. También me di cuenta de otro problema, si se escribe un libro donde se pone un aforismo tras otro, se diluye lo que debería ser profundo en la observación, exacto, conciso y agudo en la intención. Por eso mismo fui tomando conciencia de que la fuerza o la emoción del aforismo decaía en fases distintas del libro. Para mantener una cierta altura o continua tensión preciso crear una estructura que le dé al libro de aforismos una forma plena para su lectura. También quiero precisar que, aunque se tenga una gran estructura y un buen espacio temporal, de un libro de aforismos lo más importante sigue siendo la lucidez, la sutileza y el silencio, elementos terminan imponiéndose en esta lectura.

–¿Cree que los aforismos, insertos en un libro dotado de dicha estructura, pierden su insularidad esencial? ¿O esta última carece del valor que se le suele atribuir? Es decir, ¿pueden los aforismos dejar de dialogar entre ellos, apuntando a una unidad superior?

–En mi caso, no. Me apasiona el juego previo que supone la selección y la elección de un espacio de arte imaginado a la hora de alicatar cada libro de aforismos en toda su brevedad y di-

mensión. En cuanto al valor, siempre está lo que le quiera adjudicar el erudito o el público a este género literario, pero al final es el aforista quien busca e impone su ritmo a su libro de aforismos. Lo que busca el aforista es plasmar una arista del pensamiento, del corazón, del misterio que es su propia vida y su existencia con el otro. Siempre tengo el recuerdo de lo que decía Gesualdo Bufalino sobre el aforista: "El aforista es un solitario y un mal pensador, un censor implacable de los vicios del mundo que posee una opinión diferente y un desapego hacia el hipocresía del mundo".

–Usted compone desde hace años unos cuadernos artesanales donde colaciona aforismos de autores nacionales y extranjeros, ilustrados a mano por usted uno a uno. ¿Qué valor cree que tiene esta modalidad de edición manual, centrada en el carácter único de cada obra, en una sociedad abrumada por la reproducción tecnológica de lo mismo?

Con motivo al fallecimiento de mi amigo y poeta Aníbal Nuñez le dediqué mi primer manuscrito: *Memoria escrita* (1987). A partir de ahí, fui creando diversos manuscritos, todos a mano y con diversas técnicas mixtas de ilustración. A día de hoy supone una colección de 340 manuscritos, gran parte donados a la Biblioteca Pública Jovellanos de Gijón. Estos manuscritos me reforzaron la idea, junto con los fragmentos presocráticos, de escribir poesías breves, haikus, epigramas y aforismos. Más adelante inicié una etapa de manuscritos donde incluí a otros poetas y aforistas en colecciones colectivas pero selectas, donde con el tiempo ya no sólo eran españoles, sino también poetas y aforistas de otras lenguas. Esto me ha servido para seguir adelante con el proyecto de unir al artesano, al poeta y aforista en una empresa que rinde homenaje a la importancia del creador y su ética frente a la técnica de los medios de reproducción donde el valor está supeditado a lo monetario y al consumo,

donde el mundo del arte de la poesía, de la creación han pasado a ser medios para el consumo, el espectáculo, festivales para mentes normalizadas y planas. Por eso pienso que el compromiso, la entereza y la discreción deben formar parte de la ética de toda la *poiesis* de un artesano dedicado a su obra.

–Además de mantener canales de colaboración fluida con los aforistas españoles, también presta atención a la producción de autores extranjeros, especialmente franceses, alemanes e italianos. ¿Cree que en España atendemos como merece a la aforística publicada en otros países?

Tengo siempre presente que el aforista como cualquier creador debe conocer a otros que también participar de esa búsqueda y encuentro con los posibles principios de la *poiesis* en sentido amplio de la creación de los hombres. El creador debe ser un ser cosmopolita y partícipe con otros semejantes que buscan la belleza y la verdad, para dejar de sí algún valor que mostrar a los que vienen. Por desgracia en España hay poca cultura sobre el aforismo no sólo español e hispanoamericano, tampoco de otras lenguas extranjeros. Debemos y tenemos que conocer a los aforistas de otras latitudes para enriquecer nuestra obra.

–Si tuviera que sintetizar en unos pocos aforismos (propios o ajenos) su propia poética de la brevedad, ¿cuáles serían?

Aunque es difícil seleccionar, pienso que cada uno de mis libros contiene un poco de mi propia poética. Por ejemplo, a modo de ejemplo: “Todo es fragmento hasta la muerte (*Dunas*, 2004); “Las formas breves: sombras entre luz oscura” (*Hilos sueltos*, 2008); “Emboscarse en la conciencia de uno mismo” (*Tira líneas*, 2010); “Toda perfección es póstuma” (*Salpicaduras*, 2013). “Sólo lo desconocido es inmortal” (*Artificios*, 2014); “Un aforismo puede perforar un silencio” (*Los sueños*

de las sombras, 2016); "Vivir para ser un elogio de los pájaros" (*Tempo di silencios*, 2018). Mi aforismo ajeno favorito: "Un aforismo bien formado es todo en ocho palabras", de Gesualdo Bufalino.

JOSÉ MATEOS

El poeta jerezano José Mateos lleva años cultivando el género más breve, del cual ha entregado libros esenciales como *Solilo-quios y divinanzas* (1998), *Silencios escogidos* (2013), *Tratado del no sé qué* (2020) y *Un pensamiento sin máscara* (2021). En esta entrevista apuesta por la extrema exigencia como garantía para eludir los peligros a los que se enfrenta quien llama aforis-mo a una frase anotada en un papel, un riesgo del que no se li-bra nadie.

–Que el aforismo apunte más allá de sí mismo, que trascienda, ¿cómo se logra eso?

Desde que tengo más o menos uso de razón, siento que casi todo en este mundo tiene un carácter ilusorio y el "yo" más que ninguna otra cosa. Cuando atendemos, cuando desarrollamos nuestra atención intensamente sobre cualquier punto, el yo casi desaparece. La atención es fundamental para el escritor de aforismos si quiere ir más allá del sí mismo y de su literatura. Y un requisito incuestionable para prestar atención es la humil-dad.

–Usted suele defender la necesidad de un aforismo resonante...

Cuando las palabras que componen un aforismo remiten a su propio significado y, al mismo tiempo, a otro significado que le sobreviene como una revelación, entonces es cuando se produ-ce esa resonancia en el lector. A veces he definido el aforismo como "un pensamiento resonante" para alejarlo de esos otros aforismos que son una mera traducción de una buena idea. Hay mucho aforismo ingenioso, raquítico, de corta duración que, al principio, admira pero que después de la primera lectura se

agota. Por otro lado, creo que para que un aforismo tenga resonancia es necesario también que esté bien ajustado en un conjunto, y este a su vez debe contener una cosmovisión de fondo y una densidad de pensamiento expresada de manera alada, misteriosa.

–¿Es la poesía la gran esperanza del aforismo futuro? ¿O hay más?

Más que de la poesía, donde la música es sustancial, yo creo que deberíamos hablar de pensamiento poético o simbólico. A mí ese es el aforismo que me interesa, el que se siente a gusto buceando en ese océano tan colmado, tan insondable que hay entre el mito y el logos. Tanto el buen aforista como el buen poeta deben trabajar con la palabra esencial, con la palabra que titubea. Tanto el poeta como el aforista no sólo tienen que redimir a las palabras del fango donde las arrojan los políticos, los periodistas, los mercaderes de objetos e ideas, sino lo que es a veces peor tienen que rescatarlas de los malos poetas y los malos aforistas, esos que convierten una verdad en un estribillo que adormece, en un chiste, en una bagatela.

–¿Qué importancia le da a la dimensión oracular del aforismo?

Todo argumento racional bien desarrollado confina con la Gran Oscuridad, con esa dimensión sagrada, inabordable, de lo real. Con el Misterio. Creo que un buen aforismo consiste en ahorrarnos los argumentos y asomarnos de golpe a ese Misterio. Por otra parte, me parece que la indigencia del lenguaje para expresar eso, acerca naturalmente el aforismo hacia lo oracular.

–Usted distingue entre aforismos de partida y de llegada...

Cualquier disciplina artística es exigente, no sólo en sus aspectos técnicos sino también en su aspecto espiritual, de transformación interior. Aunque no se trata, claro, de levitar, sino de estar bien asentado en la tierra y, desde ahí, asomarse a la profundidad de todo lo que nos rodea. Y por respeto al buen lector, que es bombardeado por miles de libros cada mes, hay que controlar los impulsos de la vanidad e intentar entregar sólo lo más depurado, lo mejor. Como escritor me gustaría que las "divinanzas" que he publicado se vieran como una invitación a volver a los orígenes; a mirar, no a percibir; a respirar, no perderme en consideraciones sobre la respiración. Me gustaría que quien las leyera pudiese volver a latir, por un momento, en el corazón de Dios.

–El coqueteo con el silencio, ¿puede ser la última tentación del aforista autoexigente?

Ese coqueteo con el silencio del que hablas comporta un peligro enorme y ha producido mucha poesía inane y afásica. Verdaderos plomazos. El aforista, como el poeta, cuando trabaja alrededor del silencio creo que debe hacerlo para buscar unas palabras que sean más profundas que el silencio. Lo consiga o no. Y me gustaría señalar también que ese silencio del que hablo no es el del nihilista o el que propugnan ciertas filosofías orientalizantes; más bien es el silencio que se produce cuando se acallan, primero, los deseos y pasiones malsanas, las opiniones, los prejuicios… Y uno obedece y se hace escucha de esa obediencia, de esa fidelidad a lo que sea, pero que nos supera absolutamente.

GABRIEL INSAUSTI

Paso a paso, al margen de los pequeños cenáculos y las camarillas, el escritor vasco Gabriel Insausti (San Sebastián, 1968) se ha acabado convirtiendo en uno de los aforistas más consistentes de los últimos años. Entre sus libros se incluyen *El hilo de la luz* (La Isla de Siltolá), *Saque de lengua* (Cuadernos del Vigía), *Estados de excepción* (Libros al Albur) y *Maneras de esperar* (Libros del Aire).

–¿Cuándo empezó a escribir aforismos, por qué, para qué, cómo?

Creo que fue en 2008, después de publicar un libro de poemas, *Vida y milagros* (2007). Por un lado, sentía que quería decir cosas que no me cabían en el verso, necesitaba liberarme del metro y del desarrollo que exige un poema; por otro, en aquel entonces estaba muy absorbido por las clases que daba en San Sebastián y tenía una hora de autobús de vuelta a Pamplona, el viernes por la tarde, y me pareció que ese era buen momento para ir poniendo en orden ideas que me rondaban desde hacía algún tiempo.

–¿Cómo surgió el proyecto de publicar su primer libro de aforismos, *Preámbulos*?

Esas reflexiones sobre ruedas tomaron cuerpo en forma de un cuaderno con ideas breves, de pocas líneas, algunas de las cuales cuajaron en los aforismos de *Preámbulos* (Renacimiento, 2015). Es un libro del que sobrevive poco que se pueda considerar válido como aforismo, me parece. Fue más que nada una toma de posición.

–¿Cuál es su método habitual de escritura de aforismos?

Creo que mi método es una ausencia completa de método. La vida académica ya te somete de por sí a numerosas horcas caudinas y a innumerables requisitos y exigencias formales. El aforismo, entre otros géneros de la brevedad, permite precisamente la nula planificación o propósito. Ha habido días en que he escrito tres o cuatro y meses o años enteros en que no he pescado ninguno. En ese sentido, el aforismo tiene un parentesco con la poesía. "Un hombre no puede afirmar: hoy voy a escribir un poema", decía Shelley en su *Defence of Poetry*: Existe ese elemento aleatorio, fatal e impredecible, que viene o no viene, y eso propicia una actitud de espera y de escucha. Un ensayo o una novela piden regularidad y orden; en cambio, no creo que nadie se siente a las nueve de la mañana a escribir un libro de aforismos (aunque Cioran decía que cada mañana iba a su nada como otros van a la oficina). Se apunta la idea cuando llega, donde sea (el librillo del papel de fumar, una servilleta de papel, todo vale) y luego se pasa a limpio y se le saca punta.

–¿Cómo discierne los que merecen el nombre de tales y los que apenas pasan de ocurrencias intrascendentes?

Con el tiempo, supongo, si es que llego a discernirlo. "Ser el rescoldo, no el fósforo", dije en un aforismo, creo que en *Saque de lengua* (Cuadernos del Vigía, 2018). Todo se va posando y decantando. Y, ay, al cabo de muy pocos años la mayoría de estas travesuras verbales ya no se tienen en pie. Tengo por ahí otro aforismo (un metaforismo, podríamos decir) que reza: "El ingenio solo agita el farol de una verdad". Es uno de los criterios. Tiene que haber ese chispazo, esa vibración, esa modesta pirotecnia, pero la luz que nos atrae en medio de la oscuridad, la brillantez, solo oscila de un lado a otro porque la sostiene esa verdad, esa humilde revelación. Una formulación feliz es con-

dición necesaria, pero no suficiente. En ese sentido, algunos de los aforismos –míos y ajenos– que más me gustan suponen algo así como un grato reencuentro, esa revelación: hallar inmejorablemente expresado, y de forma muy concisa, algo que habías pensado siempre. Y solo te das cuenta ahora, al verlo fijado en esas pocas palabras.

–¿Qué opinión le merece el aforismo español actual?

Hay cosas muy buenas, aunque no soy un experto ni estoy tan al tanto de las novedades como otros. Prefiero no dar nombres porque siempre se quedarán fuera de la lista autores muy relevantes, pero lo que hasta hace poco me parecía ver era cierta dualidad: aforistas que tienden a la imagen, y por eso se acercan a la poesía (o son, de hecho, magníficos poetas) o a la asociación ingeniosa (y eso da a sus aforismos, a menudo, un aire de greguería) y aforistas que persiguen menos esa plasticidad y ese vuelo que una idea sólida (y que, más que el adagio que se pueda esculpir en mármol, esconden con cada línea una posición crítica y una suerte de sistema de pensamiento escamoteado: si contemplas todos los aforismos a la vez en una constelación, lo que obtienes es ese sistema, expuesto de un modo no discursivo).

–¿Qué perspectiva cree que se le abren al género más breve tras varios años de crecimiento exponencial?

Está el peligro de agitar demasiado el farol, tanto que al final no haya sino farol, como en el mus. El peligro es el mismo que en todos los órdenes de la vida hoy: el oportunismo, el presentismo, el cortoplacismo. La dualidad óntica no es ya sustancia-accidente, ni fenó-meno-noúmeno, es escaparate-trastienda, y ni que decir tiene que el primero gana por goleada. *Esse est percipi*, mucho más de lo que pudo sospechar nunca Berkeley.

Como con todo (la literatura, pero también la amistad, el amor o la política), el único modo de hacer algo verdadero es sustraerse a tanto escaparate. Diría incluso que, contra el mundo panóptico y sus imperativos tiránicos, existe hoy un nuevo monaquismo en el que algunos nos hemos refugiado con entusiasmo. Somos una orden exigua, pero muy militante.